
HARLEQUIN
ANIVERSARIO
Jazmín
Sharon Kendrick
El novio perfecto

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El novio perfecto, n.º 2562 - marzo 2015
Título original: One Bridegroom Required
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicado en español en 1999

I.S.B.N.: 978-84-687-6064-3
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

EL VESTIDO de novia relucía envuelto en su transparente funda protectora.

Era un traje exquisito. Sorprendente por la austeridad de su línea y confeccionado cuidadosamente en una tela de satén sedoso en tono marfil y organza bajo la falda. El velo era de un finísimo tul.

Aunque tenía veinte años, por él no había pasado el tiempo ni el capricho de la moda. Era una reliquia de familia, que pasaría de novia en novia. Cada mujer lo adaptaría a su cuerpo, convirtiéndolo en un atuendo exclusivo.

Sin embargo, hasta el momento permanecía guardado en un armario, escondido, protegido y sin estrenar.

Esperando…

Capítulo 1

LUKE Goodwin, de pie ante la gran ventana de estilo georgiano, exhaló un hondo suspiro de satisfacción, estado de ánimo que ni siquiera el frío día de noviembre podía disipar. Contemplaba el paisaje poco familiar que se extendía ante sus ojos en aquella desapacible estación del año en Inglaterra, cuando ya todas las hojas de los árboles habían caído.

El cielo estaba gris, preñado de grandes nubes que amenazaban fuertes lluvias. En nada se parecía este cielo a aquellos dorados y azules de África, que habían quedado atrás.

Era dueño de aquella mansión de gracioso estilo y de los verdes campos que se extendían más allá de lo que su mirada podía abarcar. El duro rictus de su boca se transformó en una sonrisa. Aún le resultaba difícil creer que toda esa belleza había pasado a su poder.

Era una belleza diferente a la que él estaba acostumbrado. Ya no había cielos deslumbrantes, ni calor, ni aromas de fragantes limoneros. Las habitaciones casi desnudas, con enormes ventiladores cuyas paletas giraban en los techos encalados, eran muy diferentes al elegante salón de estilo georgiano donde se encontraba en ese momento.

A pesar de haber llegado a medianoche, y muy fatigado, había recorrido en silencio las amplias estancias que reproducían el eco de sus pisadas, familiarizándose con cada mueble, con cada pieza del decorado.

Su corazón se exaltaba de alegría, y no por el valor material de la casa, sino por su estrecha relación con el pasado y con el futuro. Como una barca a la deriva, Luke al fin había encontrado el embarcadero de sus sueños.

Se sentía conmovido ante el paisaje de su infancia, de dulce belleza, que vislumbraba a través de la ventana. Más allá de un seto abovedado de tejos, se veían cabañas rústicas con techumbre de paja, y más lejos, un pub típico y unas cuantas tiendas, todo

rodeado del suave verde de los prados donde no faltaba un estanque para los patos. Era un perfecto cuadro inglés.

El próximo mes llegaría Caroline de África, a tiempo para celebrar la Navidad. Caroline, de dulce belleza, era la viva imagen de una rosa inglesa. No era en absoluto el tipo de mujer con el que solía relacionarse antes de conocerla.

Caroline era ejecutiva, llena de recursos. Dios sabe cómo se las había arreglado para que una mujer se hiciera cargo de la limpieza de la casa, de manera que todo estuviera dispuesto antes de su llegada. De ninguna manera habría permitido que unos cuantos miles de kilómetros afectaran su capacidad organizativa.

Luke intuyó que ese detalle era otra indicación de lo mucho que había madurado. Los días salvajes y aventureros habían quedado atrás y se sentía preparado para hacer frente a las responsabilidades que la herencia traía consigo.

Sonrió con el placer que experimenta un hombre que ha encontrado lo que buscaba. Decidió que la vida era un gigantesco rompecabezas y que por fin había logrado encajar la última pieza sin ningún esfuerzo.

Antes de que el motor del coche decidiera pararse, Holly lo desconectó, estacionándose en medio de la estrecha calle del pueblo. Ya era hora de cambiarlo. ¡Si no fuera porque lo quería tanto! Era un viejo Escarabajo que ella misma había pintado amorosamente en sus años de estudiante. Sólo que ya no lo era.

Lentamente se bajó del coche y desde la acera se quedó contemplando la tienda vacía con una mirada que se negaba a creer que le pertenecía.

Novias Lovelace. El lugar donde todas la novias encargarían el atuendo que coronaría sus más hermosos sueños. El lugar donde ella, Holly Lovelace, intentaría transformar a cada mujer en una novia deslumbrante.

Sintió que se helaba. El frío aire de noviembre le llegaba a la piel y la camisa de gasa que llevaba no era la prenda más apropiada para ese tiempo.

Estaba buscando la llave del local en el fondo del bolso, cuando oyó unos pasos que se acercaban.

Al girar la cabeza bruscamente, el ensortijado cabello rojizo cayó sobre sus hombros. Con la boca casi abierta de sorpresa contempló a la persona que se acercaba hacia ella.

Era el hombre más atractivo que jamás hubiera visto, aunque de alguna manera no encajaba en esa apacible calle de pueblo. Y no era por su gran altura, ni por su tez bronceada, ni tampoco por sus anchos hombros, ni por los cabellos oscuros, como azúcar morena, con reflejos dorados.

Sus largas piernas iban enfundadas en unos vaqueros gastados por el uso constante. El grueso jersey color crema y la chaqueta de piel vuelta le conferían un aspecto enérgico y vigoroso. Su presencia hacía que el tono gris del día se tornara más oscuro. Holly no pudo apartar los ojos de él.

El hombre se detuvo ante ella mirándola burlón.

En ese momento notó que sus ojos eran azules, más azules que el cielo en un día de verano. Los ojos de un soñador. De un aventurero.

–Hola –saludó sonriente.

Él le devolvió la mirada. Sus ojos se centraron en los cobrizos cabellos ensortijados, en el cutis nacarado y en los ojos verdes. El color de los celos. Aquella visión fue como si lo hubiesen golpeado. Sintió que el pulso se le alteraba en las venas, que la boca se le secaba. Una insistente punzada en cierta región de su anatomía le produjo un súbito odio contra sí mismo.

¿Cómo demonios era posible que repentinamente se sintiera tan vulnerable, invadido de deseo hacia una completa extraña?

Holly tuvo que concentrarse para controlar el temblor de sus largas piernas. ¿Y por qué demonios la miraba de esa forma?

–Hola –repitió con más frialdad al ver que la ignoraba–. ¿Nos conocemos?

El hombre no alteró su expresión.

–Sabe bien que no –dijo con una parodia de sonrisa.

Su voz era profunda y el acento imposible de definir.

Holly lo miró de soslayo.

–Debo decirle que estoy acostumbrada a que me saluden de manera más educada.

–Apostaría a que sí, nena –convino suavemente haciendo lo posible para que sus palabras sonaran como un insulto.

Repentinamente Holly deseó haber estado mejor vestida. Tal vez así él demostraría un poco de respeto y dejaría de mirarla con esa expresión hambrienta y mezquina.

–Bueno, ¿qué desea? –preguntó sin importarle la brusquedad de su propio tono–. Usted debe querer algo, por la manera en que me mira parece que ha visto un fantasma, a menos que tenga una mancha en la nariz o algo así.

–No, no tiene ninguna mancha. Y respecto a lo que quiero, bueno, eso depende –dijo descaradamente mirando el perfecto dibujo de la boca femenina.

–¿Depende de qué?

Se mordió la cruda insinuación sexual que estaba a punto de expresar, convirtiéndola en indignación.

–Depende de que si ese oxidado trasto que parece un coche es suyo o no –disparó las palabras señalando el coche.

–¿Y si lo fuera? –preguntó entrecerrando los ojos al tiempo que se echaba hacia atrás la melena cobriza.

–Si lo fuera es la peor forma de aparcar que haya visto jamás –respondió arrastrando las palabras.

Holly percibió el brillo agresivo en el fondo de los inolvidables ojos azules mientras se preguntaba cuál sería la causa de tal indignación. ¿Una mala experiencia?

–Cielo santo, ¿está en contra de las mujeres que conducen? –preguntó dulcemente.

–En absoluto. Sólo de las malas conductoras. Aunque a decir verdad parece que la mayoría de las mujeres necesitan una pista de aterrizaje para aparcar el coche.

–Vaya por Dios, no puedo creer que a las puertas del próximo milenio todavía alguien haga generalizaciones sexistas tan pasadas de moda.

Luke se encontró inmerso en esos ojos. Demasiado verdes. Demasiado grandes y profundos.

–¿De veras? –preguntó con voz ronca, arrastrando las palabras–. ¿Incluso si los hechos las confirman? Porque normalmente así nacen las generalizaciones.

Holly frunció la boca. Muy listo, pero no lo suficiente.

–Así que ha hecho una investigación comparativa del modo de aparcar de hombres y mujeres, ¿no es así?

–No ha sido necesario, nena. Me baso en la experiencia.

–Y tiene una amplia experiencia sobre las mujeres, ¿no?

–Bastante. Pero todavía no me ha dicho si el coche es suyo o no.

–De acuerdo. Lo admito, agente –respondió burlona, haciendo sonar las llaves provocativamente ante los ojos del hombre–. El coche es mío.

Hacía mucho tiempo que una mujer no se burlaba de él tan audazmente.

–Entonces, ¿me permite sugerirle que lo retire de allí? –dijo suavemente.

–¿Por qué demonios habría de hacerlo?

–Porque además de ser una molestia, es peligroso.

Una voz interior le dijo a Holly que estaba jugando con fuego, pero no quiso escucharla.

–Lo haré si me lo pide amablemente –dijo haciendo pucheros.

Luke sintió una mezcla de rabia y deseo. Sus ojos se extraviaban en el esbelto cuello, en los hermosos pechos de la joven.

Pensó que parecía una estudiante con esos vaqueros gastados y la camisa de gasa demasiado ligera para esa época del año. Se obligó a desviar la mirada porque había conocido a muchas mujeres como ella. Astutas. Fáciles. Demasiado fáciles. Ese tipo de mujer no tenía otro propósito en la vida más que el de tentar a los hombres.

Y estaba harto de mujeres como la que tenía ante sí.

Pensando en Caroline se tragó la lascivia y la culpa.

–¿Quiere hacerlo por favor?

Y se alejó sin más, en dirección al supermercado al final de la calle, sintiendo que la mirada indignada de la mujer le quemaba la espalda.

Mirándolo alejarse se preguntó cómo pudo haberse comportado de aquella manera, pero al punto sospechó que él era del tipo de hombre que provocaba fuertes reacciones.

Bueno, ya era una mujer de negocios y sencillamente no podía alterarse por alguien que había amanecido de mal genio.

Abrió la puerta de la tienda y tuvo que saltar sobre un montón de cartas y circulares. No había estado allí desde el verano, uno de los días más hermosos del año, cuando había firmado el contrato.

Adentro todo estaba oscuro y apenas podía ver nada. Encendió la luz y parpadeó mientras sus ojos se acostumbraban al resplandor

de la desnuda bombilla. El corazón se le hundió en el pecho.

La atmósfera estaba cargada de polvo y las telarañas colgaban del techo como collares fantasmales, confiriéndole a la estancia el aire de una vieja película de terror. Habría sido muy divertido si de ello no dependiera su sustento.

Tosiendo, Holly frunció el ceño. El polvo era malo para las telas exquisitas con las que pensaba trabajar. ¿Por dónde empezaría? ¿Primero una taza de té? ¿O sacaría las cosas del coche?

Entrecerrando los ojos, intentó imaginar cómo se vería la tienda recién pintada y decorada con grandes espejos. Tendría que ser un color muy especial para que contrastara con el blanco níveo de los vestidos.

Una sombra cayó sobre ella y al girar la cabeza vio al hombre de los ojos azules de pie en el umbral. En un segundo ya estaba dentro de la tienda, como si le perteneciera.

Su presencia dominaba el espacio, creando una sensación terriblemente claustrofóbica. Holly no pudo evitar sentir una sensación cálida y poco familiar apoderándose de su vientre. El hombre llevaba dos cajas de leche, galletas de chocolate y el periódico.

–Bueno, hola de nuevo –dijo Holly sonriendo a los ojos azules.

–¿Qué demonios está haciendo aquí?

–Estoy admirando el polvo y las telarañas.

–No me refiero a eso y usted lo sabe –gruñó–. ¿Cómo ha entrado aquí?

Holly lo miraba como si se hubiera vuelto loco.

–¿Cómo cree que entré, forzando la cerradura? ¡Con mis llaves, desde luego! –dijo haciéndolas tintinear ante sus ojos.

–¡No se haga la graciosa!

–¿Y cómo espera que reaccione ante tamaña invasión? He alquilado esta tienda, por si le interesa.

–¿Alquilar esta tienda? ¿Para qué? –preguntó torciendo la boca con incredulidad.

–Bueno, en vista de que me está interrogando como si estuviera en el estrado de los testigos, no me importa contestar una pregunta más. ¿Para qué cree que la gente normalmente alquila una tienda? Tal vez será porque desean vender algo, ¿no le parece? Como yo, por ejemplo. Soy diseñadora de ropa –respondió sonriendo ante la

beligerancia del hombre.
Él asintió con la cabeza.
–Sí –comentó con una sonrisa levemente irónica–. Tiene toda la apariencia.
–¿Eso es un cumplido? –preguntó Holly al notar la desaprobación en la cara del hombre.
–No.
–Yo no lo veo así. Coincido con el estereotipo, ¿no le parece?
–Me imagino que sí –respondió encogiéndose de hombros, y su mirada revoloteando sobre los pechos bajo la diáfana camisa de gasa.
Luego frunció el ceño intentando imaginarse escandalosos modelos sobre el cuerpo de escuálidas mujeres. Intentó pensar en Caroline o en cualquier otra mujer luciendo uno de ellos. En realidad a la única que podían sentarle bien era a la belleza que tenía enfrente.
–¿Y piensa que en este pueblo tan conservador sus modelos tendrán una buena acogida? –preguntó en tono burlón.
–Los vestidos de novia siempre tienen una buena salida –replicó la joven ignorando su sarcasmo.
–¿Vestidos de novia? –repitió estupefacto.
–Verá, son esos largos hábitos blancos que llevan las mujeres el día supuestamente más feliz de sus vidas. Parece usted muy sorprendido.
Holly intuyó con una honda sensación de alivio y atónita alarma a la vez, que el hombre no estaba casado.
–Es que estoy sorprendido. Usted no es exactamente el tipo de persona a la que la gente encargaría un vestido de novia.
–¿Demasiado joven?
–Sí –convino–. Y también … bueno… el matrimonio es algo muy tradicional … y usted, bueno…
–También puedo ser muy tradicional.
–¿Y dónde vivirá?
–En el piso sobre la tienda, desde luego. Pero creo que sería mejor que nos presentáramos. Soy Holly Lovelace dueña de la tienda Novias Lovelace –dijo con una sonrisa desarmante, tendiéndole la mano después de habérsela limpiado en el vaquero.
–¿Holly Lovelace? Lazos de amor sagrados, muy apropiado –dijo

rompiendo a reír–. ¿No es tu verdadero nombre, ¿no?

–Sí lo es, si quieres te muestro mi certificado de nacimiento.

–Soy Luke Goodwin –dijo estrechando la mano tendida que se perdió en la mano áspera y grande de él–. ¿No has oído hablar de mí? –agregó con una cierta afectación.

–Hola, Luke. No, no sé quién eres.

–Bueno, soy el propietario de este lugar.

Holly tardó en enterarse de lo que él decía, demasiado distraída sintiendo tan cerca la maravillosa boca masculina.

–¡Pero tú no puedes ser el arrendador! –exclamó bajando a la tierra–. Tú no eres la persona que me hizo firmar el contrato.

–¿Y con quién firmaste el contrato?

–Tuve que ir a Winchester para ver a un hombre que se llamaba Doug no se qué –Holly frunció el ceño al recordar al tipo que intentaba seducirla con ginebra y tónicas mientras le miraba los muslos. Aún recordaba la rapidez con que firmó el contrato para deshacerse de él–. Ah, sí, ahora me acuerdo. Doug Reasdale.

–Doug es el corredor de propiedades de mi tío.

–La verdad es que no me informó que había un arrendador ausente y muy hostil –soltó Holly.

–De aquí en adelante no estaré ausente –dijo pensativo–. Y Doug no mencionó el hecho de haber alquilado una de mis propiedades a alguien que aún no tiene derecho a votar según todas las apariencias.

–Tengo veintiséis años –corrigió tirante.

Holly se estaba cansando de que la gente pensara que era una niña. Tal vez ya era hora de maquillarse un poco e incluso cortarse el pelo.

–Veintiséis, vaya –murmuró Luke, mirando los enmarañados rizos y los grandes ojos verdes de la joven. Y esos labios sin pintura, desnudos, que excitaban…invitaban…–. Bueno tal vez sería hora de empezar a actuar conforme a tu edad– sugirió con suavidad.

Holly dio un respingo.

–¿De veras? ¿Así como lo haces tú? ¿Como un dictador?

–En este caso un dictador poco eficaz –observó intentando no reírse–. Te pedí que movieras tu coche, pero aún sigue ahí en mitad de la calle.

–No me lo pediste, me lo ordenaste como si fuera una escolar.

–Obviamente fuiste una escolar muy desobediente –murmuró Luke.

Holly nunca había conocido a un hombre tan atractivo físicamente. Seguramente esa atracción fue la responsable de que lo mirara con los ojos entrecerrados, como una cortesana.

–¿Por qué? ¿Tienes algo en contra de las escolares? –preguntó echándose hacia atrás.

Luke sintió que se helaba. El movimiento de la joven le hizo percibir fácilmente que no llevaba sujetador, y al ver sus labios entreabiertos tuvo la certeza que si intentaba besarlos, ella se echaría en sus brazos de la manera en que muchas mujeres lo habían hecho antes. Pero ya tenía bastante. Su boca se endureció.

–Estoy en contra de los incompetentes.

–¿Te refieres a mí?

–Sí –convino, luchando por mantener sus sentimientos bajo control–. Se ve claramente que no eres competente, a juzgar por tu forma de estacionar un vehículo. Así que sólo Dios sabe cómo te las arreglarás para sacar tu negocio adelante. O tal vez esa es la razón por la que intentas coquetear conmigo tan descaradamente. Una pequeña aventura con el dueño de la casa que será condescendiente si la empresa fracasa, ¿no es así?

Holly se quedó mirándolo, primero horrorizada y luego incrédula. Luego sintió que una incontrolable risita tonta se le subía a la garganta.

–Cielo santo, ¿realmente te crees un hombre serio? ¿Honestamente piensas que me metería en tu cama si no tuviera dinero suficiente para pagar el alquiler?

Luke se dio cuenta de que tenía dos opciones. Si le permitía creer que realmente había hablado en serio, ella subestimaría su juicio crítico y eso nunca le había gustado. Y si ella lo subestimaba tampoco lo respetaría, y por alguna razón ese pensamiento le disgustaba. Luego pensó en Caroline y tragó saliva.

Otra alternativa era reírse de todo el asunto y la tensión creciente podría disolverse.

Se relajó arrugando el rabillo de los ojos. Un gesto calculado porque sabía muy bien el efecto que causaba ese modo simpático de mirar, sonriendo con los ojos. Nunca había utilizado ese truco tan deliberadamente como lo estaba haciendo en ese momento.

–No seas absurda –negó con suavidad–. Solo era una broma.

–Una broma de muy mal gusto –comentó Holly, aunque sintió que era imposible no derretirse ante esa sonriente mirada azul.

–Escucha, ¿por qué no me dejas ayudarte a descargar esa ruina de coche para que puedas moverlo más fácilmente? –dijo con una sonrisa tan abierta que Holly sintió que era imposible poner algún reparo.

Capítulo 2

A MENOS que tengas a alguien que pueda ayudarte –insinuó Luke, entrecerrando los ojos.

Holly negó con la cabeza.

–A nadie.

–Bueno. Entonces dime qué hay que hacer.

Ella lo miró a los ojos, confusa ante la súbita amabilidad.

–¿Cuál es la trampa?

–No hay trampa.

–Bueno, entonces eres muy bondadoso…

–No, no soy bondadoso, Holly –cortó, negando con la cabeza.

–¿Y entonces? –preguntó arrugando la nariz–. ¿Amable? ¿Cortés? ¿Caballero?

Él se echó reír. Aunque de pronto sintió que estaba cometiendo una traición. Pero, pensándolo mejor, un hombre y una mujer bien podían ser amigos solamente, ¿o no? Y si no amigos, al menos podían tratarse amistosamente.

–Digamos que mi conciencia no podría descansar en paz si me marchara sabiendo que tienes que vértelas con todo ese enorme equipaje. En eso estoy pasado de moda.

–¿Quieres decir que soy una mujer demasiado delicada para poder bajar dos maletas del coche?

¿Delicada? Luke pensó que, dada la pregunta, debía examinarla atentamente.

Era muy alta, esbelta, de largas piernas y caderas estrechas. Sus hermosos pechos contrastaban curiosamente con su figura un tanto masculina, haciendo resaltar su belleza.

–No –dijo al fin con voz ronca–. No diría que eres delicada.

Ella se preguntó si Luke notaba su sonrojo. Porque no se había concentrado en su rostro exactamente. Si otro hombre la hubiera examinado de esa manera, le habría pedido que se marchara. Pero en cuanto a Luke solo deseaba que continuara mirándola del mismo modo todo el día.

–Bueno, ¿necesitas mi ayuda o no?

La pregunta era muy simple. Si quería ser una mujer independiente y autosuficiente debía rechazar la oferta y hacerlo todo sola.

Pero una persona sensata no haría eso, ¿verdad?

–¡Muchas gracias! Puedes traer las telas, si quieres –respondió intentando darle un toque brusco y eficiente a su voz–. Mientras tanto veré si la casa está habitable arriba. Espero que esté mejor que abajo. Porque tú no has estado allí últimamente, ¿no?

Luke negó con la cabeza.

–Nunca he puesto los pies en esta casa.

–¿Pero tú no eres el propietario?

–Lo soy, pero desde hace muy poco tiempo. Es una larga historia –dijo encogiéndose de hombros.

A través de la escasa luz que se filtraba por la ventana él tuvo aguda consciencia de la extrema palidez de la piel de Holly, del brillo de sus ojos. Con o sin vaqueros, toda su figura parecía arrancada de una pintura prerrafaelista, y repentinamente sintió el frío de un presagio que llegaba hasta él desde una fuente desconocida.

–No me has pedido que me identifique. Has roto la regla de seguridad número uno.

–¿Tienes algún documento?

–Bueno, no –admitió de mala gana–. Pero yo podría ser un cualquiera…

–¿El propietario impostor? ¿Alguien que podría arrojarme al suelo y cometer alguna atrocidad conmigo?

La atmósfera se cargó de tensión.

–Eso no es gracioso –dijo gravemente.

–Tienes razón –respondió ella con la garganta apretada al tiempo que se cruzaban sus miradas.

–De hecho es una torpeza arriesgarse de esa manera –gruñó.

–De acuerdo. De acuerdo. Lección aprendida.

–Será mejor que me des las llaves del coche para moverlo cuando saque el material.

Holly vaciló.

–Bueno, se puede poner un poco temperamental, especialmente con este frío; como todos los coches viejos –dijo tartamudeando.

–¡Debí haberlo imaginado! –replicó con irritada preocupación. ¿Cómo esperaba sacar adelante su negocio con tamaña desorganización?–. ¿Por qué demonios no te compras un coche decente? ¿No se te ocurrió pensar que primero necesitarías un vehículo más seguro?

–Por supuesto que se me ocurrió –convino Holly–, pero un coche apropiado vale mucho más de lo que puedo pagar en este momento. Pero no te preocupes si no arranca a la primera. Un pequeño halago generalmente obra maravillas –agregó sonriente.

–Soy un experto en tratar a los temperamentales.

–¿Solo a los coches o también a la mujeres? –no pudo evitar preguntarle.

–Hablo de domar caballos, no del sexo opuesto.

¡Eso era! De repente todo encajaba. Luke tenía el aspecto de un vaquero. Por eso desentonaba en ese apacible pueblo inglés, con sus vaqueros gastados y la chaqueta de piel vuelta.

–¿Y lo haces por aquí?

–No, aquí no. Acabo de llegar de África– dijo notando la mirada interrogante de la joven–. Pero esa es una larga historia.

Eso explicaba el color bronceado de su tez.

–¿Otra más? ¿Cuándo llegaste?

–Hace unas doce horas –respondió mirando el reloj.

–Entonces te sentirás totalmente desfasado con el cambio de horario.

–Sí, es posible que así sea –replicó quitándole de los dedos las llaves del coche–. Sube a inspeccionar mientras yo traigo el equipaje.

«Autoritario», se quedó pensando Holly mientras subía la escalera que se encontraba al fondo de la tienda.

La alfombra de la escalera estaba gastada, y arriba las cosas estaban peores que en el piso de abajo. Las estancias olían a rancio, a un lugar largamente deshabitado.

Miró a su alrededor preguntándose qué la había hecho entusiasmarse con esa casa. Había una sala de estar bastante amplia con una ventana que miraba a la calle, una pequeña habitación con una cama estrecha y poco acogedora, un pequeño cuarto de baño con la obligada gotera de los grifos y una cocina digna de ser expuesta en un museo. Todo mal, muy mal.

Pero aunque la habitación principal estaba polvorienta, como el resto de la casa, era muy espaciosa y sería perfecta para trabajar en ella.

Oyó pasos que subían por la escalera, y al asomarse al rellano vio a Luke cargando buena parte del equipaje en sus fornidos hombros.

–No deberías cargar todo eso de una vez. Te puedes hacer daño.

Él depositó en el suelo las dos grandes maletas y se despejó un mechón de cabellos dorados de la frente.

–Gracias por tu preocupación. Pero no soy tonto. Estoy acostumbrado a cargar grandes pesos.

Holly lo vio bajar las escaleras de tres en tres peldaños. Tenía razón. Un hombre no desarrollaba esos músculos sentado detrás de un escritorio.

Solo después de haber hecho el cuarto viaje y final, y tras haber dejado en la cocina unas cuantas cacerolas, Luke miró a su alrededor.

–Este lugar es asqueroso. Yo ni siquiera permitiría que un perro viviera aquí. ¿No exigiste que te entregaran la casa limpia antes de trasladarte?

–Por supuesto que no.

–¿Por qué no?

–Porque estaba muy contenta de haber conseguido una tienda de estas dimensiones por el dinero que tenía –respondió a la defensiva.

–Es un asco.

–Precisamente por eso era tan barata. Había que tomarla tal cual estaba.

–¿Quién te dijo eso? ¿Doug?

–Sí. Pero después lo consulté y era como él lo dijo.

–¡Un bastardo! Ya hablaré con él –dijo riendo, pero con un brillo acerado en el fondo de los ojos.

–No es necesario que lo hagas– dijo negando con la cabeza–. Como te dije, la verdad es que yo no insistí en que me la entregaran limpia.

–Abusó de ti.

«No, pero le habría gustado», pensó Holly estremeciéndose.

–Parece que necesitas ponerte al día en las técnicas de negociación –comentó frunciendo el ceño, muy irritado–. Este lugar

es inhabitable.

Como para darle la razón, una ráfaga de viento chocó contra los cristales de la ventana y la lluvia se filtró por el alféizar donde se formó un pequeño charco. Tras un examen más atento Luke concluyó que la lluvia se filtraba habitualmente por esa ventana.

–Si yo hubiera estado aquí, de ninguna manera habría permitido que vinieras a vivir a un lugar como este.

–Bueno, es inútil hablar de ello porque no estabas, ¿no es así?

–Así es.

Sus ojos volvieron a encontrarse. Luke intentó dominar su intenso deseo sexual. Le había sucedido antes con otras mujeres, pero no con tanta intensidad. Era sexo, pura y simplemente. Pronto se extinguiría porque no encajaba en el contexto de su vida real.

Debería marcharse de allí. Alejarse de esos embrujadores ojos verdes y de esos suaves labios que prometían un inefable placer.

Sin embargo, un sordo instinto protector se abría paso en su mente y, cuando habló, lo hizo con el tono de alguien que ya ha tomado una decisión.

–No puedes quedarte aquí con este tiempo.

–No tengo otra alternativa –dijo Holly serenamente.

Hubo una pausa.

–Sí, hay otra alternativa.

–¿Y cuál es? –preguntó pensando que Luke le diría que se volviera por donde había venido; pero ese no era el Lejano Oeste y ella era la legítima arrendataria de la casa.

Luke se preguntó si se estaba volviendo loco.

–Bueno, podrías venir a mi casa –ofreció.

–Estás bromeando.

–¿Por qué? Me siento responsable.

–¿Por qué habrías de sentirte responsable?

–Porque aquí está oscuro, húmedo y frío, y porque la propiedad me pertenece, y porque en casa hay habitaciones más que suficientes para alojar a un invitado.

–Pero yo ni siquiera te conozco.

Luke se echó a reír.

–No hace falta que me hagas sentir como un Barba Azul. Debes haber compartido pisos con hombres en tus tiempos de estudiante, ¿no es así?

–¿Y no lo hace todo el mundo?
–Bien, ¿pero cuánto los conocías?
–Es diferente.
–¿Por qué?
La diferencia estribaba en que ninguno de sus compañeros de diseño se había acercado a Holly con intenciones sexuales. En cambio Luke Goodwin…
–Sinceramente te lo agradezco mucho, pero no. Ya me las arreglaré.
–¿Cómo?
–Podré hacerlo.
–Tendrás que poder –dijo mirando el circulo de humedad en el techo–. Mañana haré que venga alguien a reparar todo esto.
Empezó a moverse desganadamente hacia la puerta y Holly se dio cuenta de que ella tampoco quería que se fuera.
–¿Quieres un poco de té? ¿Como una muestra de agradecimiento por haberme ayudado? Además tú tienes la leche.
–Y las galletas. La verdad es que me apetecería mucho una taza de té. Voy a buscarlas –dijo entusiasmado.
A Holly le pareció que la habitación quedaba vacía cuando Luke desapareció. Después de llenar la tetera, despejó un rincón de la sala de estar; luego abrió la ventana para ventilar la habitación y le quitó el polvo a una mesita de café.
Cuando Luke volvió, ella sirvió dos jarritas de té y le tendió una.
–Gracias –dijo mirando alrededor con aire crítico–. Hace frío aquí.
–Cerraré la ventana –dijo Holly mientras pensaba que algunas personas poseen una especie de magnetismo para atraer a otras, incluso contra su voluntad. Y Luke Goodwin era una de ellas.
Luego se sentó en un sillón lleno de paquetes.
–¿Qué hacías en África?
Tomando la jarra entre sus fuertes y morenas manos Luke se quedó mirando el contenido.
–Dirigía una reserva de caza.
Holly intentó no mostrarse demasiado impresionada.
–Ha sido un gran cambio de escenario el que has hecho. ¿Te gusta? –preguntó al tiempo que cruzaba las piernas,
–Dame tiempo –respondió con suavidad mirando las tentadoras

piernas que le hacían sentirse más lleno de vida de lo conveniente–. Acabo de llegar. Han pasado muchos años desde que me marché de Inglaterra.

A Holly le pareció que no hablaba con demasiado entusiasmo.

–¿Entonces por qué ese cambio desde la sabana hasta la Inglaterra rural?

Luke vaciló, pensando cuánto podía contarle. La herencia había sido inesperada y en un momento consideró que podía convertirse en una carga. Él seguía siendo el mismo de siempre. Pero sabía muy bien que la gente tiende a juzgar a las personas por lo que tienen y no por lo que son. Había conocido a muchas mujeres que en el lugar de los ojos lucían el signo del dólar. Sin embargo, no es que temiera que lo desearan por su dinero. Desde los dieciocho años con solo un par de vaqueros, una camiseta y una mochila había tenido a todas las mujeres que había deseado. Había sido importante para él conocer a Caroline antes de heredar las posesiones de su tío. ¿Y por último, qué importaba contarle a Holly Lovelace acerca de su vida y de sus finanzas? No se planteaba hacerla participar en su vida, ¿no?

–Porque mi tío falleció repentinamente y soy su único heredero –explicó observando atentamente la reacción de la joven.

Los ojos de Holly se abrieron de par en par.

–Eso suena como algo tremendo.

–Creo que sí. Fue algo inesperado. Un día me desperté y descubrí que ya no era solo el director de una de las más hermosas reservas de Kenya sino el propietario de una impresionante mansión georgiana con toda la tierra y las propiedades a su alrededor, incluyendo esta tienda.

–¿Y ahora eres un hombre rico?

–Bastante.

Ciertamente que no había muchos hombres como Luke Goodwin en kilómetros a la redonda. Era muy atractivo y fuerte físicamente, además poseía una serena capacidad de contemplación típica de las personas que trabajan la tierra. En definitiva era un buen partido.

Antes de que él pudiera darse cuenta los ojos de la joven volaron a la mano izquierda del hombre. No llevaba alianza.

–¿No estás casado?

«Derecho a la yugular», pensó desilusionado.

–No, no lo estoy –respondió, evitando mencionar a Caroline–. Y

ahora te toca a ti. Cuéntame la historia de tu vida –pidió ofreciéndole una galleta.

–¿Entera? Tú me has contado la tuya en cuatro frases –dijo Holly riendo, mientras mordía la galleta.

–Solo lo esencial. Como por ejemplo, ¿por qué una hermosa joven abre una tienda de novias aquí en Woodhampton y no en Winchester o incluso en Londres?

–Porque a menos que trabajes por tu cuenta, tus jefes nunca respetarán tus diseños. Desde que salí de la Escuela de Arte siempre he tenido que trabajar para otros y ya tengo suficiente.

–¿Te apoya alguien económicamente, tu padre tal vez?

–No tengo apoyo de ninguna clase. Me mantengo sola.

Luke la miró con interés.

–¿Y cómo has financiado tus proyectos?

Holly captó la sospecha en sus palabras.

–Simplemente gané un concurso en una revista de diseños y el premio consistió en un suculento cheque.

Luke asintió con la cabeza. Así que además de belleza tenía talento.

–¿Y no te lo gastaste?

–No, iba a la caza de mi sueño, y mi sueño era diseñar vestidos de novia. Igual que mi madre. Esta vocación viene de familia.

Se le pasaron por la mente imágenes de su niñez y todos los hogares diferentes donde había vivido y los diversos acompañantes de su madre, quien, no obstante, nunca dejó de coser. Siempre recordaba sus manos entre encajes y brillantes telas de satén.

–¿Y por qué te instalas aquí? –preguntó Luke interrumpiendo la evocación.

–Porque deseaba un local de estilo georgiano que estuviera al alcance de mis posibilidades, una tienda adecuada donde pudiera lucir mis vestidos. Los alquileres en las ciudades son prohibitivos.

El hombre miró a su alrededor frunciendo el ceño.

–¿Y cuándo piensas inaugurar la tienda?

–Tan pronto como pueda arreglar el local. Como muy tarde en enero. Eso es lo que desearía –murmuró mirando la estancia con súbito desánimo.

–Vas a tener un trabajo muy pesado –comentó Luke, notando su mirada y preguntándose si la chica verdaderamente tenía idea de la

responsabilidad que se echaba encima.

La verdad es que Holly recién comenzaba a darse cuenta de lo que le esperaba.

–No le temo al trabajo.

Luke tomó una súbita decisión.

–Ni yo tampoco. Creo que sería mejor que te ayudara a habilitar este sitio. Si te empeñas en hacerlo sola tardarás una eternidad.

–¿Y por qué tendrías que hacerlo?

–Me parece evidente. Porque como arrendador tengo una obligación moral contigo. Nunca se te debió haber alquilado la casa en estas condiciones –dijo pensando en Doug Reasdale con fastidio–. Así pues, ¿qué me respondes?

Holly sintió deseos de echarle los brazos al cuello por su generosidad, pero se retuvo, temerosa de la posible reacción del hombre. Había algo en Luke Goodwin que no invitaba a la manifestación de afecto. Tal vez sexo, pero no afecto.

–¿Qué puedo decir más que darte las gracias? –dijo insegura.

–Prométeme que si no puedes sola me llamarás.

–Pero no sé dónde vives.

–Ven aquí –ordenó con suavidad–. ¿Ves esa casa más allá del seto arqueado?

Le hizo un gesto para que se acercara a la ventana. Una pálida luz amarilla teñía la tarde.

–¿Y esa mansión es tuya?

–Sí, de modo que si cambias de idea, o las cosas se te ponen demasiado pesadas, ve directo y llama a la puerta. A cualquier hora. Allí estarás perfectamente segura. Te lo prometo. ¿De acuerdo? –dijo mirándola intensamente.

–De acuerdo –dijo Holly lentamente aunque su instinto le advertía que era peligroso buscar la protección de un hombre como Luke.

Capítulo 3

APENAS hubo llegado a casa, Luke llamó a Doug Reasdale, el corredor de propiedades de su tío.

–¿Doug? Soy Luke Goodwin.

–¡Luke! ¿Cómo estás? Me alegro de que hayas vuelto.

–¿Después de dieciséis años de ausencia, no? –observó Luke con un tono bastante seco.

Lo había conocido a principios de año con motivo de los funerales de su tío. Tenían casi la misma edad, hecho que Doug había tomado como un signo de camaradería masculina, así que esa tarde había parloteado sin descanso bebiendo whisky generosamente.

–¿En qué puedo servirte? ¿Cómo encontraste la casa?

–La casa está bien. En realidad es muy bonita. Pero no te llamo por eso. ¿Te suena el nombre de Holly Lovelace?

Se oyó un silbido de admiración a través del aparato.

–Cabellos rojos, grandes ojos verdes, largas piernas y unos pechos que te hacen soñar. Es la chica que acaba de alquilar la tienda, ¿no? Háblame de ella.

–¿Acostumbras a referirte a tus arrendatarios de esa manera tan familiar? –preguntó fríamente.

–No, generalmente no, pero es que Holly Lovelace es única. No es que piense que es un tanto liberal, pero con ese aspecto salvaje y esos vestidos flotantes, ¿entiendes lo que quiero decir? Desde luego que se comportó como una monja cuando la invité a comer.

–¿La invitaste a comer? –preguntó Luke incrédulo.

–Claro que sí. ¿Podrías culparme por eso?

–¿Y lo haces con todos tus clientes?

–Realmente no, pero ella es una mujer muy especial.

Luke intentó concentrarse en la razón de su llamada, y no en lo que iba a disfrutar despidiéndolo cuando llegara la ocasión.

–¿Qué piensas de las condiciones en que se encuentra la casa que alquiló, Doug?

–Bueno, ha estado vacía durante mucho tiempo –replicó un tanto nervioso.

–Eso no responde a mi pregunta.

–La casa no está en buenas condiciones, claro está. Por eso la consiguió a tan buen precio.

–¿Buenas condiciones? Eso es una chabola inhabitable, con filtraciones en los techos. ¿No lo habías notado?

–Bueno, yo sabía…

–Los marcos de las ventanas no encajan y los muebles están en un estado deplorable –interrumpió Luke violentamente–. Quiero que se haga una reparación a fondo y la quiero cuanto antes.

–Pero te va a costar dinero –objetó–. Mucho dinero.

–Eso es asunto mío.

–Y se van a reducir tus ganancias.

–No intento obtener ganancias a costa de la miseria de la gente, y no quiero ver a una mujer viviendo en un piso frío y húmedo. Si enferma, todas las consecuencias recaerán sobre mí. ¿Te enteras?

–Sí, enterado –murmuró Doug mordiéndose las uñas.

–¿Cuándo puede estar acabada la obra?

–En un mes aproximadamente.

–Demasiado tiempo.

–Pero Luke, sabes que a los buenos operarios hay que llamarlos con mucha anticipación –objetó Doug.

–Págales bien y verás cómo vienen corriendo.

–¿Te parece bien para dentro de unos quince días?

–¿Me lo dices con seguridad?

–Me ocuparé de que así sea –prometió Doug, muy nervioso.

–¡Hazlo! –ordenó Luke y cortó bruscamente la comunicación.

Holly lavó las dos jarras, las puso en el escurridor y a continuación se dedicó a limpiar y a ordenar, intentando hacerlo antes de que oscureciera por completo.

El agua del grifo salía apenas templada, así que puso a hervir una tetera. Luego vertió el agua en un cubo con jabón y desinfectante. A continuación limpió las superficies de la cocina y el cuarto de baño hasta que las manos empezaron a dolerle.

Más tarde pensó que un baño le vendría muy bien, pero habría

que hervir varias teteras de agua para llenar la bañera. Mientras tanto llevó al dormitorio sábanas limpias, mantas y almohadas para hacer la cama. Iba a empezar, cuando de repente reparó que había una mancha de humedad en el colchón. Pronto se dio cuenta de que la mancha se había formado a causa de una filtración proveniente del techo.

Holly se mordió los labios, conteniendo las lágrimas. ¿Por qué habría alquilado un piso que más parecía una chabola?

Tras reflexionar un momento decidió que tenía dos opciones: o dormir en el suelo o comportarse como una mujer moderna e independiente aceptando el ofrecimiento de Luke.

Sin pensarlo dos veces, se puso un jersey grueso, una chaqueta impermeable y se marchó a la mansión.

Luke se encontraba en su confortable estudio, examinando algunos documentos de su tío, cuando al mirar hacia la ventana vio la figura de Holly atravesando el seto abovedado en dirección a la casa.

Bajó corriendo las escaleras y abrió la puerta sin darle tiempo a llamar. Ahí estaba Holly, el cabello desordenado a causa del viento, pálida de cansancio, con ojeras oscuras, parecidas a las manchas de polvo que ensuciaban sus mejillas. Y otra vez el indeseado sentimiento de protección se apoderó de él, igual que el deseo.

Durante un segundo estuvo tentado de cerrarle la puerta en las narices, diciéndose que tenía todo el derecho a hacerlo, pero en cambio dio un paso atrás para dejarla pasar, como un perfecto mayordomo.

–¿Has cambiado de parecer? –preguntó con suavidad.

–No fui yo, fueron las circunstancias –respondió insegura–. Tenías razón, efectivamente es una chabola. No hay agua caliente, además hay una gran mancha de humedad en el colchón de la cama a causa de una filtración en el techo. Y antes de que me digas nada, admito que previamente debí haber examinado la casa a fondo. Debí haber insistido en que me la entregaran limpia antes de trasladarme. Además tampoco vine preparada. Ni radio, ni televisor, ni libros. Y no te burles de mí, al menos no esta noche, porque no podría resistirlo.

Percibiendo el temblor de su voz, Luke pensó cuan irresistible era esa mujer tan vulnerable y tan sensual a la vez.

–Entra –refunfuñó benevolente–. No tengo ninguna intención de burlarme de ti. Prefiero verte aquí en vez de saber que estás allí, sufriendo la situación en silencio.

–¿Lo dices sinceramente?

–Sí –mintió sintiendo que el pulso le retumbaba en las sienes–. Al parecer lo que necesitas con urgencia es un buen baño caliente. ¿O te apetece una copa primero?

–Preferiría darme un buen baño antes.

–Muy bien. Acompáñame arriba.

–¡Qué escalera más hermosa! –comentó Holly mientras subían.

En realidad toda la casa era hermosa. A simple vista se veía que ahí no se había escatimado medios para dejarla a punto.

Luke la condujo al cuarto de baño. Era el baño más amplio que Holly había visto en su vida, en tonos azules con toda clase de frascos de cosmética, como si fuese una perfumería. Abrió un armario donde había suaves y mullidas toallas apiladas cuidadosamente. Holly miró a su alrededor sintiéndose como la Cenicienta.

–¿Trajiste ropa limpia? ¿Un pijama o algo? Porque lo que llevas está inmundo –comentó en tono desaprobatorio.

Holly se examinó. La verdad es que parecía una vagabunda.

–No traje nada –dijo con pesadumbre–. No quería que pensaras que te estaba presionando si aparecía por aquí con un bolso de viaje.

–Te puedo prestar una bata. Luego meteré toda la ropa en la lavadora. Dentro de un par de horas estará limpia y seca. Déjala fuera.

–Eres muy amable conmigo –dijo Holly sinceramente.

–¿Verdad que sí? –replicó burlón, aunque «amable» no era un adjetivo que solía asociar con su persona–. Tómate todo el tiempo que quieras.

–Así lo haré –dijo Holly sonriendo antes de cerrar la puerta del baño.

Tal vez ese fue el mejor baño de toda su vida.

Vertió en el agua una buena cantidad de gel para baño que olía a esencia de jazmín, y cuando las burbujas llenaron la bañera se sumergió y cerró los ojos intentando relajarse.

Casi había pasado una hora cuando oyó que llamaban a la

puerta.

–¿No te habrás quedado dormida, ¿verdad?

–No, acabo en un minuto –dijo abriendo el grifo de agua fría que cayó con fuerza sobre la piel ardiente.

–Te he dejado una bata en la puerta. Cuando acabes baja a tomarte una copa.

Después de secarse, se cepilló el cabello todavía húmedo y fue en busca de Luke.

Estaba sentado en el suelo junto a la chimenea encendida, en el estudio de la primera planta, junto a una bandeja con el servicio de té y unos periódicos a medio leer. La miró mientras se acercaba notando el contraste del blanco puro de la bata con los reflejos rojizos del cabello. La suave tela acentuaba la delicadeza de la estructura ósea de la joven. Holly era una criatura de contrastes, mitad ángel y mitad diablillo.

–¿Te apetece una taza de té?

–Sí, por favor, con leche y sin azúcar.

Tomó la taza que le tendía y se sentó ante el fuego, no sin antes cubrirse las piernas con la bata.

Luke se quedó contemplando el reflejo del fuego danzando en el rostro de la joven, preguntándose a qué se debía el anhelo que sentía por ella.

–¿Por qué no me acompañas a la cocina? Iba a preparar algo para la cena. Estoy hambriento y seguramente tú también –sugirió después de un rato.

Holly lo siguió pensando que la comida podría ser un motivo de distracción que la apartaría de esos asombrosos ojos azules y de la tensión que había en la atmósfera, parecida a las chispas que desprenden los leños recién encendidos.

–Estoy hambrienta. Pero seguramente no habrá comida puesto que prácticamente acabas de llegar.

–La nevera está llena –explicó–. Me habían dejado todo preparado.

Desde luego que había sido la dulce y eficiente Caroline otra vez. «He hablado con una empresa que te proveerá de todo lo que te apetezca comer hasta mi llegada. No quiero que pases hambre, mi amor», había dicho acariciando su rostro con una cuidada mano.

Luke se sorprendió mirando furtivamente las manos de Holly

quizá para confirmar su descuido. Llevaba las uñas cortas, dos rotas y dos mordidas y tenía callos en la palma de las manos.

La cocina estaba en la planta baja y parecía haber salido de una revista de decoración.

Había armarios de madera tallada y superficies de mármol. Al fondo de la estancia había una chimenea encendida, con dos cómodas sillas a cada lado.

Agitando la húmeda melena, Holly se sentó junto al fuego, mientras Luke preparaba espaguetis.

–¿Te apetece una cerveza?

–Me encantaría.

Abrió dos botellas. Le tendió una y de inmediato comenzó a preparar la salsa, tras haber puesto a hervir la pasta. Luego puso un cuenco lleno de queso parmesano en el centro de la mesa.

–Te manejas muy bien en la cocina –observó Holly.

–Estoy acostumbrado –contestó alzándose de hombros.

–Pensé que en África abundaba el personal de servicio.

–Algunas personas lo utilizaban, pero yo no. Contaba solo con una mujer para la limpieza, igual que aquí. Margaret viene todas las mañanas. A propósito, sería oportuno advertirle que tengo compañía –comentó mezclando la salsa con la pasta.

Tras haber puesto las raciones en los platos, se sentaron a la mesa frente al fuego.

Intentado liberarse del deseo obsesivo de contemplar cómo los reflejos del fuego le conferían a la piel de su rostro un suave y cremoso tono parecido a un albaricoque maduro, Luke buscó un tema de conversación.

–Entonces, ¿qué hacías antes de venir a Woodhampton?

Holly bebió un trago de cerveza apresuradamente. Era difícil concentrarse ante esa intensa mirada azul que reflejaba un gran interés.

–Después de acabar el colegio, ingresé en la Escuela de Arte, donde estudié la especialidad de textiles y diseño. Después de conseguir mi título universitario comencé a trabajar en la misma tienda donde se había desempeñado mi madre. Pero la verdad es que la odiaba.

–¿Por qué?

–Porque me sentía como una empleada más, con muy poco

control sobre el proceso de diseño. Como la operaria de una fábrica. Y lo que de verdad quería era sentirme libre para desarrollar plenamente mi creatividad. Así que un día participé en un concurso y lo gané –terminó con una sonrisa soñadora.

–Cuéntamelo –pidió Luke, consciente de que su voz sonaba excepcionalmente indulgente; pero la verdad que el dulce entusiasmo con que Holly hablaba podría haber derretido hasta al corazón más duro.

Holly tomó un bocado de pasta, mirándolo a los ojos.

–El concurso fue organizado por una célebre revista especializada en trajes de novia y bodas en general para celebrar su vigésimo quinto aniversario… Bueno, tú sabes cómo es eso.

–Realmente no –objetó Luke, sacudiendo la cabeza burlonamente–. No olvides que todos estos años he estado viviendo como un salvaje.

–La idea era crear un vestido de novia adaptado al próximo siglo.

–Déjame adivinar. ¿Diseñaste algo excéntrico y bastante poco tradicional?

Lentamente Holly negó con la cabeza.

–No, en absoluto. De hecho me basé en una idea de mi madre. Ella también era diseñadora –explicó ante su mirada de extrañeza–. Cuando yo era pequeña, ella creó el vestido de novia más hermoso que haya visto jamás. Me mostraron fotografías.

–Pero si tu diseño es casi el mismo que hizo tu madre, ¿eso no sería un plagio o incluso un robo?

Ella sacudió la cabeza, en una rotunda negativa.

–En la moda no existe la originalidad, debes saberlo. Mi diseño era muy similar al de mi madre, pero no exactamente el mismo. Desgraciadamente el vestido de mamá se vendió y nunca lo vimos.

Luke frunció el ceño.

–¿Y por qué esperabas verlo?

–Porque lo diseñó para una casa de modas muy famosa, y ese tipo de atuendo no desaparece sin dejar una huella. Normalmente cuestan una fortuna.

–¿Pero este desapareció?

Holly asintió.

–Alguien lo compró en una temporada de rebajas –comentó

Holly con la cara radiante de entusiasmo–. Era un diseño muy especial y solo una mujer excepcionalmente delgada podría haberlo lucido. Lo divertido fue que lo adquirió una mujer irlandesa, ya mayor, que hacía la limpieza en aquella tienda. Y después se perdió la huella del vestido. Se esfumó simplemente.

–¿Y dónde se encuentra tu madre ahora?

–Como estamos en noviembre, seguramente en el Caribe, o en algún crucero por ahí –replicó Holly con ligereza.

A Luke no se le escapó la amargura escondida detrás de las palabras.

–¿Y por qué no está aquí, ayudando a su hija a montar su propio negocio?

–Porque probablemente su último y repugnante viejo marido no se lo habrá permitido.

–Vaya, así que de eso se trata, ¿no? –preguntó con cautela.

Holly le dirigió una mirada despreocupada. Una expresión que se había convertido en su segunda naturaleza. En el colegio, muy pronto había aprendido que si uno se burla de sí mismo, nadie se atreve a molestarlo.

–¿Es que las madres no utilizan a los hombres para asegurarse el sustento?

–Y tú debes odiar eso –observó lentamente.

Holly se encogió de hombros.

–Ya estoy acostumbrada. Mi madre ha utilizado a los hombres toda su vida. Pero no me quejo, de verdad que no. Con ese dinero pagó mi educación.

–¿Y tu padre?

–No conocí a mi padre –dijo Holly alzando la barbilla con orgullo, sintiéndose extrañamente obligada a contestar a sus preguntas–. Mi madre tampoco lo conoció. Podría haber sido una de las dos personas con las que salía en ese tiempo, pero la verdad es que ninguno le interesaba realmente, así que no se molestó en contarles que estaba embarazada.

–Diablos –murmuró Luke tomando conciencia de que él no era el único que había vivido una infancia tan poco convencional.

–Supongo que debo estarle agradecida a mi madre por no haberme abortado. ¿Te he sorprendido? –preguntó imperturbable.

–Un poco –admitió el hombre–. Pero en cierto modo eso era lo

que intentabas, ¿no es cierto?

–¿Con qué fin?

–Tal vez como una defensa. Porque no siempre se ha aceptado a los hijos naturales, como ahora. Cuando eras una niña, el hecho se consideraba como un estigma incluso, algo de lo que había que avergonzarse, ¿no era así? –aventuró con delicadeza.

El recuerdo se le clavó como una puñalada. De pronto se acordó de sus pequeñas compañeras burlándose de ella en el patio del colegio. Y de la sensación de ser diferente.

–Sí –musitó.

–Así que te acostumbraste a contar los hechos lo más escuetamente posible para adelantarte a ese tipo de reacción. Y si tú decías lo peor en cuanto a no tener padre, entonces ya nadie podría herirte. O juzgarte –Luke hizo una pausa; los ojos azules eran tan directos y punzantes como dos espadas–. ¿Estoy en lo cierto?

Holly puso el tenedor en el plato.

–Sí, tienes razón. Y no sé por qué te estoy contando esto. Quizá sea porque te has comportado conmigo como un buen samaritano. Normalmente no hago confidencias a las personas que acabo de conocer.

–Puede que lo hagas porque somos extraños el uno para el otro. Es como cuando la gente se queda atrapada en un ascensor. La sensación de aislamiento hace que todo parezca tener menos importancia. Se rompen las reglas, ¿no te parece? –comentó mirándola pensativamente.

Holly se preguntó si él percibía el deseo de que la besara cuando la miraba de esa forma.

–Te he contado cosas de mí, pero la verdad es que no ha sido recíproco. Me has contado muy poco de ti.

–Bueno, te puedo hablar del legado que me hicieron, pero tú ya lo sabes –dijo cautelosamente.

–No, yo quiero oír algo de tu vida real. De tu vida en la reserva, por ejemplo.

Él rompió a reír. Sería tan fácil quedarse ahí, disfrutando del calor del fuego y del color verde de aquellos ojos. Fácil y peligroso…

–Se ha hecho tarde – dijo bebiendo el último trago de cerveza, que le pareció más amargo–. Si te cuento cómo caza un leopardo a

su presa, es posible que tengas pesadillas esta noche, ¿no te parece?

–Seguramente –respondió Holly con una risa nerviosa.

Aunque sospechó que de todas maneras iba a tener dificultad para conciliar el sueño, porque a cualquier mujer normal le pasaría lo mismo si tuviera que dormir cerca de un hombre tan atractivo y varonil como Luke Goodwin.

Capítulo 4

A PESAR de sus reservas, Holly durmió profunda y apaciblemente en una hermosa habitación de techos altos pintada en tonos grises y celestes. Las ventanas miraban a un prado situado en la parte trasera de la casa que conducía a una huerta de árboles frutales al fondo del jardín.

Eran casi las nueve cuando despertó. Después de estirarse y restregarse los ojos cargados de sueño todavía, fue a mirar por la ventana.

El jardín era como una ilustración de cuentos infantiles, y Holly casi podía imaginar árboles que hablaban y frutos encantados.

La habitación tenía su propio cuarto de baño. Se duchó y se lavó el pelo nuevamente, se puso la bata blanca de Luke y estaba pensando en ir a buscar su ropa, cuando oyó un suave golpe en la puerta. Al abrirla lo vio de pie apoyado en el marco, los ojos ensombrecidos, como si hubiera pasado una noche de insomnio.

El cabello del hombre todavía estaba húmedo y vestía informalmente, con sus vaqueros gastados y un largo y grueso jersey azul marino.

–Hola, Holly –dijo suavemente, recordando al verla los sueños eróticos de una de las peores noches de su vida–. ¿Dormiste bien?

–Como un tronco –afirmó con una sonrisa radiante.

–Qué suerte la tuya –comentó secamente tendiéndole rápidamente un montón de ropa–. Pensé que podrías necesitarlas. Están lavadas y planchadas.

Ella recibió la ropa cuidadosamente doblada y lo miró sorprendida.

–Estoy impresionada.

–Los hombres auténticos no planchan la ropa, ¿no es verdad?

–No conozco lo suficiente a directores de una reserva africana y a la vez señores de una casa solariega como para emitir alguna opinión. Pero si los tiempos se vuelven difíciles siempre encontrarás empleo en una lavandería. Voy a vestirme –agregó rápidamente,

azorada al notar que las braguitas negras de encaje también estaban planchadas.

–El desayuno estará dentro de diez minutos.

–No suelo tomar desayuno.

–Ya veo –los ojos azules se deslizaron por sus estrechas caderas con una mirada crítica–. Mala idea. El cerebro y el cuerpo necesitan su dosis de combustible. Te sentirás mejor después de desayunar. Créeme, Holly.

Ella se echó a reír cerrando la puerta. Mientras se vestía pensó que de verdad confiaba en Luke. Y era extraño. Porque después de la dudosa colección de acompañantes que su madre había hecho desfilar ante sus ojos, no le era posible confiar tan fácilmente en un extraño. Aunque después de haber pasado la noche bajo el mismo techo, y de que ese hombre hubiera lavado y planchado hasta tu ropa interior, era difícil calificarlo de extraño.

Luke estaba en la cocina friendo tocino y el aroma le despertó un gran apetito.

–Huele maravillosamente –confesó Holly débilmente.

Él le dirigió una breve mirada, atento a la sartén.

–Siéntate y tómate un zumo de fruta –sugirió, pensando que era la primera vez que le preparaba el desayuno a una mujer sin haber hecho el amor con ella–. Hay café en la cafetera, a menos que prefieras té.

Ella negó con la cabeza. El café también olía deliciosamente. Demasiado bueno para rechazarlo; caliente y cargado, muy negro.

–Una delicia –comentó bebiendo un sorbo.

–Preparo el mejor café del mundo. O al menos eso me han dicho –dijo alzando los hombros de una manera poco modesta.

–Además de tus dotes como lavandero, y como cocinero. Dime, ¿es que tus talentos no tienen fin? –bromeó Holly.

Bueno, tenía mucho talento para algo más, según le habían dicho. Pero se mordió la lengua ante la tentación de volverse hacia Holly, mirarla directamente a los ojos y contárselo.

–Prueba las tostadas –dijo bruscamente, al tiempo que le ponía un plato de huevos con tocino, champiñones, tomates y judías.

Hacía mucho tiempo que Holly no se sentaba a desayunar en calma.

–¿Y de dónde salió toda esta comida fresca, del congelador?

–Mientras dormías fui de compras.

–Debiste haberme despertado –dijo automáticamente.

–¿Para qué? Necesitabas dormir.

–Eso es cierto –dijo ella, probando un bocado de tocino mientras miraba más allá de las puertaventanas que se abrían al jardín donde podía ver un árbol que florecía en invierno, cubierto de capullos rosas. «Qué bien se está aquí», pensó–. Solo Dios sabe cuánto tardará la tienda en quedar presentable –comentó, intentando darle un tono de urgencia a su voz, como si le importara la tardanza.

–Me han dicho que dos semanas –contestó Luke.

–Pero yo no me puedo quedar aquí dos semanas.

Luke sorbió un poco de café, los ojos empañados por el vapor.

–¿Te crea muchos problemas, Holly?

–No quiero entrometerme en tus cosas…

–No, eso no sucederá. No te lo permitiré. La puerta del estudio tiene llave –sonrió haciendo una mueca.

Holly se encogió de hombros, sintiendo que la idea se le hacía más atrayente a medida que pasaban los minutos.

–Me parece que eso es abusar de tu hospitalidad, pero si te hace feliz…

–No estoy tan seguro de que el adjetivo correcto sea la palabra feliz –observó bruscamente–. Había programado pasar el próximo par de semanas arreglando los asuntos de mi tío, y no entreteniendo a una invitada.

–Pero yo no necesito que me entretengan –le aseguró Holly–. Tengo un montón de cosas que hacer. He de estudiar documentos, coser y encontrar una florista para colaborar conmigo en el trabajo. No me cruzaré en tu camino, eso te lo prometo.

Y hablaba en serio porque la verdad es que necesitaba alejarse de un hombre como Luke, inquietante y tentador.

–Hablé con Doug otra vez esta mañana. Me aseguró que las reformas básicas estarían terminadas en un par de días –dijo consultando el reloj–. Precisamente ahora debe llegar un albañil para reparar el techo.

–Gracias a Dios.

–Sí, y se podría empezar a pintar –replicó Luke con suavidad–. Si me dices qué colores prefieres, puedo hacer que se pongan manos a la obra de inmediato.

Dejando a un lado el tenedor, Holly lo miró sorprendida.

–Pero pensaba que yo podría decorar sola.

Luke pensó que tenía que tratarla de la misma manera que lo haría si el inquilino fuera un hombre.

–Y lo harías si las condiciones de la vivienda no estuvieran en tan mal estado. Sería como maquillarla, ni más ni menos. Pero así como está, necesita más que una mano de pintura. Por tanto tras las reparaciones haré que la pinten según tus instrucciones. ¿Qué te parece una pintura blanca para toda la casa? ¿Te gusta la idea?

Se produjo un silencio. Holly hizo una mueca.

–Ya que lo mencionas, la verdad es que no.

–¿No? –los ojos azules se estrecharon.

Apartando el plato, ella se inclinó hacia él.

–No quiero que pienses que soy una desagradecida, o algo así, pero lo que había imaginado como color de fondo era algo mucho más efectista que el blanco. Todo el mundo pinta las paredes de blanco y decora con plantas verdes en grandes tiestos. Pero yo deseo una tienda de novias única y exclusiva.

–Continúa –ordenó, impávido.

–Yo quería un verde intenso para una pared.

–Pero eso sería para una pared. ¿Y las otras?

Ella tomó aliento, decidida a que Luke visualizara la vibrante combinación de colores que tenía en mente.

–Para tres paredes y una ventana. Otra pared iría pintada en un tono púrpura muy rico e intenso.

–Y la última pared. ¿En un rosa suave? –interrogó inexpresivamente.

–Dorado.

–¿Dorado?

–Mm –Holly asintió entusiasmada–. Es el color perfecto para una boda. Simboliza las alianzas de oro y sugiere boato y ceremonia. Porque quiero que esta tienda cause una gran impresión al público.

Luke deseó fugazmente que no se moviera de ese modo tan desinhibido. Si solo llevara sujetador. ¿Es que no se daba cuenta cómo se realzaban sus pechos con esos movimientos, y sobre todo bajo esa camisa tan fina, claramente indecente?

–¿Impresionar? ¡No te quepa la menor duda! –comentó frunciendo el ceño–. Aunque esas pinturas tan especiales, ¿no

retrasarán la inauguración de la tienda? Piensa que tendrás que conseguirlas en Londres.

Holly sacudió la cabeza sonriendo.

–Ahí es donde te equivocas. En Winchester hay una tienda especializada en todo tipo de pinturas. No necesitamos ir más lejos.

Nosotros.

Le inquietó la naturalidad con que Holly utilizó la palabra. ¿Es que le preocupaba que manifestara un sentimiento de posesión o de apasionamiento por él? En su conducta hacia ella no había habido ni una palabra, ni un gesto sospechoso de interpretarse como una insinuación. Holly notó la rigidez de los hombros de Luke y de inmediato intuyó lo que estaba pensando.

–Lo siento –dijo cubriéndose la boca a modo de disculpa–. No quise parecer presuntuosa.

Él negó con la cabeza.

–No estás siendo presuntuosa. Y ambos iremos a Winchester a elegir tus pinturas.

–¿Pero, no querías hacer otra cosa?

Claro que quería hacer otra cosa.

Las palabras de Holly crearon una imagen tan impactante en su mente, que Luke, desesperado, tuvo que cerrar los ojos unos segundos. «Es solo una simple atracción sexual», se repetía una y otra vez. Nada más que eso, una combustión hormonal que pronto se extinguiría. ¿Se daba cuenta ella de lo que le sucedía? Ese sentimiento casi palpable, ¿llegaría hasta ella también?

En primer lugar, su gran error había consistido en invitarla a su casa. Y luego precipitarse a jugar al Buen Samaritano, intentando engañarse a sí mismo al minimizar la intensa atracción que sentía hacia ella. Como si al racionalizarla, obligadamente tuviera que desaparecer.

Y la verdad es que no desaparecía. Él dudaba de que eso sucediera, a menos que la encauzara hacia una conclusión natural, cosa que no tenía intención de hacer. ¿Porque cómo podría desaparecer, si ella continuaba encantándolo con esos ojos de esmeralda, con su pálida piel y la descuidada cascada de rizos cobrizos?

Tal vez estaba destinada a ser siempre una de esas mujeres imposibles. Si solo la hubiera conocido en la época de sus correrías

juveniles.

Holly Lovelace era encantadoramente hermosa con su aspecto de artista rebelde, estupenda para una aventura tempestuosa, pero…

Cuanto más pronto se instalara en su tienda ya decorada y lejos de su vida, mucho mejor. Y por si se le había olvidado, no andaba en busca de una amante.

–No hay nada que me gustaría hacer con más agradado –mintió–. Además Margaret vendrá a limpiar la casa esta mañana, así que nos marcharemos a Winchester apenas estés lista.

La ciudad estaba muy animada, llena de gente.

Luke miraba incrédulo.

–¿Qué hace toda esta gente aquí?

–Han venido a hacer las compras de Navidad.

–Pero si apenas estamos en noviembre.

–Pero al parecer algunas personas compran los regalos navideños durante todo el año.

Luke contemplaba las brillantes luces que parpadeaban en los escaparates de las tiendas, la figura radiante de Santa Claus en todas partes. Los villancicos navideños atronaban por las calles donde pasaban.

Movió la cabeza de un lado a otro pensando con nostalgia en la pura y escueta belleza del paisaje africano.

–Es una locura. Una celebración dedicada al consumismo.

Holly se encogió de hombros, contenta de coincidir con la opinión de Luke.

–Lo sé. Sería bueno entrar en un período de hibernación durante toda esta temporada.

Pasaron por una tienda de flores. Luke vio una hermosa guirnalda de acebo cuyas bayas rojas aparecían incrustadas entre lustrosas hojas verdes.

–No sé por qué se me ocurre que pronto será tu cumpleaños –aventuró, agachándose ante el escaparate para examinarla mejor.

Holly parpadeó.

–¿Cómo lo sabías? –preguntó sorprendida, pero enseguida se echó a reír al fijarse en la guirnalda que Luke contemplaba–. Ah, una guirnalda de acebo. La planta sagrada, como mi nombre.

–Bueno, es un nombre típicamente navideño, ¿no es verdad?

–Sí, tienes razón. Nací un veinticuatro de diciembre.

–La víspera de Navidad –precisó, pero al punto notó la mirada de ella–, ¿aunque a ti no te gusta tu cumpleaños, verdad?

–No –se encontró diciendo lentamente. No sabía por qué deseaba hablarle de sí misma, contradiciendo su acostumbrada reserva–. Más bien no me gustaba cuando era pequeña. En esos días es muy difícil encontrar una canguro, así que mi madre nunca dejaba de repetirme el sacrificio que hacía quedándose en casa. Cuando crecí, ella solía salir y yo me quedaba sola. De alguna manera lo prefería. Había menos presiones…

–¿Y cuántos años tenías? –la interrumpió furioso.

–Déjame pensar. Diez, once años. Pero hay que decir que entonces la gente no era tan paranoica en cuanto a dejar solos a los niños –terminó rápidamente como si una innata lealtad la llevara a defender a su madre.

–¿Y te hacían regalos?

–Oh, sí. Enormes regalos, si el novio de turno era rico. En otras ocasiones era un pequeño regalo. ¿Y cómo celebrabas la Navidad en África?

Luke apretó la boca. No quería pensar en eso. La Navidad anterior había estado con Caroline. Había llegado de Durban y se las había arreglado para reproducir una auténtica cena navideña con pavo que había preparado en la vieja y anticuada cocina de Luke. Incluso había traído en la maleta un mantel y servilletas de lino. El regalo navideño para Luke consistió en unas finas copas de cristal en las que bebieron champán, aunque Luke sentía la boca tan seca por el calor reinante, que habría preferido mil veces tomarse unas buenas cervezas. Ella había alzado su copa junto a él y en ese momento especial parecía personificar la calma que él necesitaba. Un oasis dentro de la turbulencia de su vida hasta entonces. Ella había hablado pensativamente de los niños que anhelaba tener, y de pronto todo pareció tener sentido. Había recordado fragmentos de una conversación con un amigo indio, y esas palabras lo habían llevado a mirar con mucho mayor interés el rostro sereno de Caroline. Su amigo Dhan había comentado entonces que no le extrañaba que la idea occidental de basar la relación de pareja en el amor romántico estuviera destinada al fracaso. A la larga, había

dicho, la compatibilidad de caracteres y el respeto mutuo eran mucho más importantes. Y Luke había estado de acuerdo en todo.

Volviendo súbitamente al presente, contempló a Holly paseándose entre muestrarios de pinturas, despejando, impaciente, rebeldes mechones ensortijados de sus mejillas. Luke pensó con culpa que la deseaba. Y la deseaba demasiado.

Aclarándose la garganta se dirigió a una dependienta que lo miraba embobada.

–Entiendo que ustedes pueden recomendar decoradores profesionales, ¿no es así?

–Desde luego, señor.

–Si es así, ¿cuánto tardarían en decorar una tienda?

Ese hombre vestido con gastados vaqueros, una chaqueta de piel vuelta y unas botas, tenía un algo que imponía autoridad y respeto.

–Usted dirá. ¿Para cuándo la quiere, señor? –preguntó coqueta, con una sonrisa que dedicaba a los clientes realmente importantes.

Capítulo 5

ASÍ que ya ha pasado una semana –dijo Luke intentando darle a su voz un toque de entusiasmo mientras le tendía a Holly una taza de café.

–¡Y qué rápido ha pasado!

Ambos se miraron en silencio mientras desayunaban.

–Ha sido menos… problemático tenerte aquí de lo que pensaba –dijo Luke, arrastrando las palabras.

Pensó con irritación que por primera vez en su vida le molestaba que las obras estuvieran terminadas a tiempo.

–Bueno, todavía quedan algunos días –dijo Holly.

–Es cierto.

La idea de tener que marcharse le parecía espantosa. Se sentía perfectamente cómoda donde se encontraba. Y le gustaba Luke. Le gustaba mucho.

No tenía razones para sentirse triste; en absoluto. La parte ejecutiva de su personalidad estaba satisfecha porque las obras en la tienda marchaban según lo había programado. Por otra parte reconocía que la personalidad de Luke la cautivaba, y que todos los días había luchado para no caer en el encanto de esos ojos profundamente azules.

Era un verdadero gozo compartir una casa con un hombre educado como Luke, que sabía cocinar, que leía mucho y que la hacía reír. De hecho, su único defecto era ser un tanto autoritario, siempre creía tener la razón.

Luke la miró desafiante sobre las tazas y la cafetera.

–De acuerdo, Holly, deberías hacer que te revisaran el coche. En Winchester hay una firma que trabaja con vehículos como el Escarabajo. Ahí te pueden decir cuánto te darían por él, si realmente quieres venderlo.

–No recuerdo haber dicho que quisiera venderlo –objetó la joven.

–Bueno, eso es cosa tuya. Pero piensa en las mañanas heladas,

cuando se niega a arrancar, como sucedió ayer –dijo mirándola con inocentes ojos azules, en apariencia.

–De acuerdo, iremos allí –dijo con un profundo suspiro.

Luke la acompañó a la ciudad, donde el vendedor le tasó el coche en una cantidad bastante alta, que le hizo pensar seriamente en venderlo.

Eran casi las seis cuando se marcharon de Winchester a Woodhampton por los hermosos caminos rurales.

–¿Te apetece cenar por el camino?

–Me encantaría –murmuró con deleite. Al punto deseó propinarse un par de bofetadas por comportarse como una niña de dieciséis años en su primera cita.

Luke frunció el ceño en la penumbra del coche. Holly lo confundía: se sonrojaba, tartamudeaba, lo miraba con sus grandes ojos verdes haciendo que se sintiera culpable por desearla. A veces era tan ingenua como una escolar. Una imagen que no encajaba con el modo astuto y provocativo en que lo miraba de vez en cuando.

En el restaurante tomaron un guiso con salsa de curry y cerveza.

–Estaba muy bueno –comentó Luke, limpiándose la boca con una servilleta mientras apartaba el plato vacío–. Me recuerda las comidas de los domingos en Kenya.

–¿La vida era muy diferente por allí?

–¿Diferente a qué?

–Bueno, diferente a esto –dijo Holly mirando las máquinas, el decorado y las luces a su alrededor.

El observó el reflejo de sus cabellos, parecido a los matices de las puestas de sol africanas que tantas veces había contemplado bebiendo una cerveza en el crepúsculo caluroso, al final del día.

–Muy diferente. Los días se rigen por las estaciones y los animales.

–¿Y era una reserva de caza muy grande?

Él sonrió pensando que preguntaba con el interés absorto de una niña pequeña.

–No hay reservas pequeñas, Holly. Necesitas un aeroplano para recorrerlas enteras. Para controlar las manadas de animales y la caza, yo solía sobrevolar el terreno en mi pequeña avioneta. Solía partir muy temprano por la mañana.

–¿De veras? –preguntó Holly con los ojos muy abiertos.

–Claro que sí –respondió sonriéndole–. Es la mejor hora del día, muy, muy hermosa y el viento está en calma y puedes verlo todo, por ejemplo, cómo caza un leopardo o ver si hay algún animal herido. Entonces vas a buscarlo en un vehículo, curas sus heridas y lo devuelves a su entorno.

–¿Y tú quieres a los animales?

–No del modo que tú piensas. Porque no se trata de tener un cachorrito correteando por ahí. La relación del hombre con los animales salvajes se basa en el respeto mutuo. Con mucha suerte puedes ganarte su confianza, y eso ya es mucho.

–Nunca había conocido un aventurero auténtico en mi vida –murmuró intentando mitigar la estúpida urgencia de recorrer con un dedo la curva pronunciada de su orgullosa mandíbula.

–Oye, que es solo un trabajo –la contradijo con suavidad, sacudiendo la cabeza.

–¿Y qué hacías en tus ratos libres?

–Paseaba mucho. Allí hay hermosos ríos. A veces acampaba al aire libre y me dedicaba a contemplar las estrellas en la noche. Cultivaba una huerta de naranjos y limoneros y siempre tenía un buen zumo fresco para el desayuno. A veces solía montar a caballo y pasaba horas cabalgando.

–¿Y lo hacías solo?

–A veces.

Ella abrió la boca para preguntarle por su relación con mujeres, pero algo la detuvo. No quería saber. No quería torturarse en su cama por las noches, imaginando esas fuertes y largas piernas tostadas por el sol, enredadas en las piernas de otra mujer que no fuera ella.

Cielo santo, ¿pero qué estaba pensando? Tragó saliva. Sencillamente que le gustaría irse a la cama con él.

–¿Qué te pasa, Holly? Pareces acalorada.

–No me pasa nada, Luke –dijo entre dientes, bebiendo un largo trago de cerveza.

–Mejor así –comentó impávido.

Aunque solo un tonto podría negar que algo había entre ellos, Luke se comportaba como un perfecto caballero. Junto a él se sentía segura y protegida, más de lo que nunca había estado en su vida. «Es mi mala suerte. Conoces a un hombre estupendo y te trata como

a la tía solterona», pensó con tristeza.

–¿Y qué piensas hacer en Inglaterra? –le preguntó apartando los negros pensamientos–. ¿Sacarle partido a tu herencia?

–Algo así. Tal vez haga una gran fortuna y un día se la regale a alguien que la necesite más que yo.

No había mucha gente capaz de decir eso con credibilidad, pero Luke era uno de ellos.

* * *

Holly recibió desde Londres las muestras de sus vestidos. Luke le cedió una amplia habitación en la planta baja para que la utilizara como lugar de trabajo y pudiera colgar cómodamente los atuendos. Cuando llegaron, Holly pasó gran parte del día planchándolos. En un momento, Luke entró en la habitación con dos tazas de café. Con la plancha a vapor ella estiraba los pliegues plateados de la larga falda de un vestido de tafetán con corpiño del mismo tono e incrustaciones de abalorios.

Él se detuvo a mirar la elaborada creación durante un momento.

–¿Te gusta? –preguntó al fin con el ceño fruncido.

–No es precisamente mi favorito –respondió la joven ocultando una sonrisa–. Este es un vestido más tradicional. A menudo las novias van a la tienda acompañadas de su madre. Y las madres tienden a ser muy tradicionales, sin importarles mucho la opinión de las hijas.

–¿De veras? –preguntó pensativo. Luego se quedó mirando los otros vestidos que colgaban en sus respectivas perchas sobre un largo riel–. Me sorprende que ninguno sea blanco. Pensé que ese era el color de las novias.

–A través de los tiempos las novias han llevado diversos colores; pero, sí, tienes razón. Durante mucho tiempo el blanco ha sido el color predominante –explicó pensando en lo poco que Luke sabía de bodas.

–¿Y ya no se usa?

–No, ahora suelen llevar el tono marfil, porque es un color que a la mayoría de las personas le sienta mejor que el blanco.

–Y la asociación del blanco con la novia se me ocurre que está obsoleta, ¿no? –observó arrastrando las palabras.

Dejando de planchar Holly, lo miró directamente.

–¿Qué quieres decir?

–Tradicionalmente el blanco es el color de las vírgenes, y la mayoría de las novias no lo son. ¿No es verdad? –preguntó alzándose de hombros.

Soltando el dispositivo del vapor, ella tomó la taza que le ofrecía y se acercó al alféizar de la ventana.

–Me parece que no –dijo tartamudeando.

La verdad es que no deseaba hablar de ese tema precisamente con Luke.

Durante el tiempo que habían compartido el mismo techo, Luke nunca había mencionado a su familia, excepto a su tío, y muy escuetamente. Era un hombre enigmático, lo que lo hacía aparecer más interesante. Saboreando el aromático café, Holly lo miró.

–¿Tus padres están vivos, Luke? –preguntó tras reunir el suficiente coraje.

–No –contestó abruptamente.

Ella bebió otro sorbo de café reconociendo que había derribado una barrera de golpe. Una respuesta justa. Recordaba muy bien las barreras que había interpuesto entre ella y aquellos que intentaban fisgonear en su vida. Lo miró sonriendo.

–¿Sabes que tienes razón? Preparas el mejor café del mundo.

La boca de Luke se suavizó. Así que Holly no era indiscreta. El hecho de que hubiera interpretado correctamente su negativa a hablar, retractándose de inmediato, le hizo considerar la situación de otro modo. La amistad era un juego de dos, y ella le había hecho muchas confidencias.

–Mi madre era cantante de ópera –dijo mientras se sentaba a su lado junto a la ventana.

–¡Qué impresionante! –exclamó Holly soltando un silbido.

Él movió la cabeza de un lado a otro, mirando al vacío.

–No hay ninguna razón. No era solista. Era más bien de segunda fila. Pero sufrió todos los sacrificios y las inseguridades de la profesión y nada de su gloria –dijo sonriendo con una cierta resignación–. Sin embargo, nada la hizo renunciar al canto.

–Debió haber amado mucho su profesión –comentó Holly.

–Bueno, allí también había mucho egocentrismo y pasión ciertamente. Estimo que son los dos motivos principales que impulsan la expresión del arte.

–¿Ego y pasión? ¡Vaya! ¡Otra generalización del señor Goodwin! –dijo Holly riendo.

–Puede ser. Aunque pienso que los artistas lo pasan mucho mejor que sus desgraciados descendientes.

–¿Quieres decir que no suelen ser buenos padres? –aventuró Holly, consciente de que la respuesta de repente se había tornado terriblemente importante para ella. ¿Pensaba que ella era una artista? ¿Y si condenaba el talento de sus padres también la estaba condenando?

–Creo que no. Intenta explicarle a un niño de cinco años por qué su madre tiene que ausentarse durante meses a causa de sus giras. ¿Por qué el aplauso del público es más valioso que la sonrisa del pequeño hijo? –preguntó lanzándole una rápida mirada.

–¿Y había un padre por ahí? –preguntó mirándolo fijamente.

–Sí –respondió mirando el humo que se desprendía de su taza–. Solía cuidar de mí durante las ausencias de mi madre, incluso cerraba los ojos a sus pequeños devaneos

–¿Quieres decir que ella tenía…? –preguntó Holly con los ojos abiertos de par en par.

–Aventuras extramaritales –Luke terminó la pregunta por ella–. No me cabe la menor duda. Mi hermosa y artística madre solo destacaba en el arte de vivir constantes aventuras sentimentales.

–Cielos –comentó Holly indecisa.

–Eran necesarias para su ego, para demostrarse a sí misma que todavía era una mujer deseable.

La amarga desaprobación de su voz era muy comprensible. Holly dejó la taza vacía en el alféizar de la ventana y se volvió a mirarlo.

–Comprendo. ¿Qué les sucedió a tus padres?

Se produjo un silencio.

–Mi madre murió en el extranjero, a causa de una infección. Yo tenía ocho años.

–Oh, Luke. Qué terrible –murmuró Holly, con el corazón acongojado por él.

Él quedó atrapado en la compasiva luz de los ojos de la joven. Algo en la mirada verde le dolió en lo hondo, pero reprimió el sentimiento despiadadamente.

–Sí –convino suavemente.

Deseó abrazarlo estrechamente y consolar la pena del niño hasta

hacerla desaparecer.

Luke percibió el modo en que ella lo miraba y deseó perderse en la suavidad de sus labios y en la dulzura de su cuerpo. Pero sacudió la cabeza, alejando esos pensamientos, intentando recuperar su sentido común.

–Fue algo terrible –dijo con mucha calma–. Mi padre nunca se recuperó. La amaba de verdad. Quizá por todos sus caprichos, sus veleidades y su incapacidad para enfrentarse a la realidad. Cuando ella murió fue como si una luz se apagara definitivamente en su corazón.

–¿Renunció a vivir, quieres decir?

–No físicamente. Continuó cuidando de mí como mejor pudo. Un ama de llaves cocinaba para mí y lavaba mi ropa y mi padre me daba todo el amor que podía. Las vacaciones de verano eran las peores. Vivíamos en Londres y la ciudad me parecía una jaula. El hermano de mi padre empezó a invitarme a venir aquí durante esas largas semanas. La sensación de espacio y de libertad me hicieron mucho bien.

–¿Y luego? –preguntó suavemente, mirando el paisaje invernal a través de la ventana.

Luke la miró con interés. La mayoría de las personas habrían sentido una sobredosis de tristeza a esa altura de la historia. Incluso Caroline le había dicho que era mejor ahuyentar los malos recuerdos y olvidarlos. Se encontró preguntándose si ella tendría razón.

–Mi padre murió justo después de haber acabado el colegio. Él deseaba que estudiara en la universidad. Y murió justo cuando estaba a punto de matricularme. Entonces de repente me dije: «Ya no tengo que hacerlo, de hecho nunca más haré lo que no quiera».

–¿Y así fue como decidiste irte a África? ¿Para tener aún más espacio del que aprendiste a amar aquí? Y también para escapar de las dolorosas asociaciones que te traía Inglaterra. Y del pasado.

–Mucha intuición la tuya –observó

–Es uno de los aspectos más positivos de un temperamento artístico. Como ves no todo es egocentrismo –dijo Holly con picardía.

–¿Te he ofendido con mis comentarios? –preguntó con voz cansina observando que ella había omitido aludir a la pasión.

–La verdad nunca me ofende. Aunque será mejor volver al trabajo.

Holly notó que él la observaba atentamente. Con demasiada atención. De pronto vio que le temblaba la mano al tomar la plancha a vapor e inclinarse sobre el vestido plateado.

–Sí –convino Luke, pero continuó clavado en el mismo lugar, siempre mirándola.

Llevaba una delicada falda vaporosa con pequeños dibujos florales que le llegaba hasta los delicados tobillos. La camisa era de gasa blanca muy holgada con un ceñido corpiño negro. Siempre había algo en una mujer vestida con telas diáfanas que hacía retumbar el corazón de un hombre.

Y el corazón de Luke estaba acelerado. Tragó saliva sintiendo un apremiante dolor entre las piernas. La verdad es que necesitaba salir de allí lo más rápido posible.

–Voy a salir –dijo bruscamente.

–¿Vas a dar un paseo? –preguntó Holly apaciblemente.

Luke maldijo su curiosidad. ¿Es que iba a empezar a controlarlo?

–Un poco de aire me hará bien. Te veré más tarde –dijo al tiempo que decidía llamar a Caroline.

–Muy bien –dijo Holly con un tono aparentemente despreocupado que no sonó muy convincente.

Su brusquedad le dolía. ¿Estaba enfadado consigo mismo por haber hablado demasiado? Suspirando se puso a coser. Poco a poco el reconfortante ritmo de la aguja y del hilo atravesando la tela terminó por tranquilizarla.

Holly pasó los siguientes dos días comprobando que había ejecutado todas las instrucciones de la guía para pequeños empresarios que había adquirido tiempo atrás. Aprendió que era muy importante relacionarse con todas las empresas locales asociadas con las bodas. De ese modo, entre todos se ayudaban.

Fue a Winchester y descubrió que la mejor floristería era aquella donde había visto con Luke la guirnalda de acebo.

La dueña de la tienda, Michelle McCormack, mujer de unos treinta años, muy dinámica, simpática y de gran imaginación, invitó a Holly a una taza de té mientras ojeaban un grueso libro sobre

ramos de novias.

–Necesito muchas flores frescas para la inauguración que será el próximo sábado –le explicó Holly mirando la fotografía de una asombrosa combinación de girasoles y azulinas–. Las quiero para decorar el escaparate. Este ramo de la fotografía es excepcional, fuera de serie.

–Después de la inauguración te recomiendo mantener una mezcla de flores frescas y de seda. La frescas hay que usarlas en ocasiones especiales. Por ejemplo lilas blancas para Semana Santa y peonías de seda escarlata para San Valentín.

–De acuerdo –rio Holly al ver que su sueño comenzaba a ser realidad.

Antes de que Holly se marchara, Michelle le dirigió una penetrante mirada.

–¿Dónde has dejado a ese acompañante tuyo tan atractivo?

–No sé dónde anda en este momento. De todas maneras no es mi acompañante –dijo Holly alzándose de hombros.

–¿Entonces me lo dejas?

–Pero ni siquiera lo has visto –protestó Holly.

–Yo no, pero mi ayudante sí. Solo dime una cosa, ¿exageraba al decirme que tiene un extraordinario atractivo físico?

Holly no pudo mentir.

–No, no exageraba –confesó.

Después de la visita a Michelle, Holly fue personalmente a conversar con un periodista del *Winchester Echo* adivinando que conseguiría un reportaje mejor si lo hacía personalmente que por teléfono.

Pete, el periodista, era joven y entusiasta.

Holly le proporcionó todo tipo de detalles mientras él tomaba notas.

–¿Y dices que ganaste un concurso?

–Sí. Patrocinado por la revista *Beautiful Brides*.

–¿Y el talón fue suficiente para abrir la tienda?

–Escasamente.

–Una historia interesante –murmuró. Después de tomar unas cuantas notas más, alzó la vista hacia ella–. ¿Y dónde está el vestido ahora? ¿El que ganó el concurso?

–Lo tengo guardado. Van a publicar la fotografía en la próxima

edición de la revista. Lo enseñaré en la inauguración del próximo sábado, y pienso sortearlo entre todas las personas que visiten la tienda durante el mes de diciembre.

–Un buen truco publicitario, sí señor –dijo con una amplia sonrisa al tiempo que se levantaba del asiento–. Saldrá una brillante historia.

–Así lo espero.

–Nos vemos el sábado, entonces.

De vuelta a casa Holly no pudo resistir la tentación de echarle una mirada a la tienda, bullente de actividad. Había obreros serrando maderas, otros pintando, otros martilleando en las paredes. Desde el piso superior se oía el ruido de un taladro. Se encontraba fuera de la tienda decidiendo si entraba o no cuando vio a una figura familiar que salía del interior a grandes zancadas. El corazón le dio un vuelco. Como siempre, vestía sus gastados vaqueros y una camisa azul que hacía resaltar el color de sus ojos. Traía el pelo cubierto de serrín. Sin embargo, su mirada era cautelosa y Holly recordó que últimamente se mantenía alejado de ella.

–Hola, Holly. Pensé que te ibas a mantener alejada de la tienda hasta que todo estuviera a punto.

–Tu voz suena como si quisieras echarme –le dijo enfadada.

–Bueno, no sería fácil hacerlo, ¿verdad? porque la tienda es tuya –dijo intentando sonreír.

Solo le quedaban dos días y Holly desaparecería de su vida, pensaba apesadumbrado. Pero de ahí en adelante podría dormir por las noches.

–Tu tienda querrás decir –le corrigió Holly de mal humor.

–Si es así entonces has dejado tu huella en ella –comentó secamente–. Porque yo no tenía pensado pintar las paredes con colores verde, púrpura y dorado, créeme.

Holly intentó que la gratitud que verdaderamente sentía se reflejara en su voz.

–Realmente está quedando hermosa –comentó dócilmente, apretando la nariz contra el cristal del escaparate.

–Todavía no está terminada. Pero, ¿qué sucede? Pensé que estarías mucho más entusiasmada.

Holly buscó algo que decir para no expresar lo que realmente

pensaba: «Te voy a echar de menos, Luke Goodwin. Voy a extrañar tu sonrisa tan escasa; pero cuando asoma a tus labios es como si el sol te iluminara con su radiante energía».

–Tal vez me abruma ver mi sueño convertido en realidad.

–¿Así que no puedes con esto, ¿eh? –dijo en broma–. Bueno, será mejor que entre a terminar mi trabajo de carpintero. Luego nos vemos –agregó señalando la tienda.

Antes de subirse al coche Holly paseó por las calles del pueblo, ya en penumbras, pensando que el sábado, primer día de diciembre, iba a inaugurar su tienda y comenzaría una nueva vida. Una vida emocionante.

¿Entonces por qué se sentía tan triste?

Capítulo 6

EL TINTINEO musical de una campanita de estilo antiguo se dejó oír en el momento en que Luke abría la puerta y entraba en la tienda.

Subida en una escalera de mano, Holly colgaba del techo un ramillete de globos dorados, pero de inmediato se detuvo para mirarlo expectante. La opinión de Luke le importaba mucho. Hasta ese momento todo marchaba perfectamente. El día estaba suavemente soleado y el trabajo había acabado a tiempo.

Afuera, la fachada de la tienda lucía un letrero verde oscuro donde se leía *NOVIAS LOVELACE* en letras de oro viejo. En el escaparate había un maniquí sin rostro exhibiendo el traje de novia con el que Holly había ganado el concurso de diseño.

La pesada tela de satén marfil brillaba en tonos lechosos y caía en perfectos pliegues desde la cintura plisada. La severa sencillez del diseño era exquisita.

El maniquí sostenía un ramillete de flores invernales rodeado de hojas verdes, diseñado por Michelle.

Dentro de la tienda, como música de fondo, se oían los solemnes compases de *Pompa y Circunstancia*.

La opinión de Luke era de suma importancia para ella porque, entre otras cosas, le había permitido pintar y decorar la tienda a su gusto. Desesperadamente deseaba que él se sintiera complacido con el resultado final.

Luke paseó por la tienda observando todos los detalles cuidadosamente. Los profundos y ricos colores que Holly había elegido podían haber tenido un efecto claustrofóbico, pero sucedía exactamente lo contrario debido a los techos altos, a las elegantes proporciones de la construcción y a los inmensos espejos en las paredes, esenciales en una tienda de novias, que contribuían a ampliar el espacio.

–Bien, bien, bien –comentó Luke, suavemente.

–¿Te gusta cómo ha quedado? –le preguntó Holly con calma

bajando de la escalera hasta quedar frente a él.

–A mí me gusta mucho, ¿y a ti?

–A mí me encanta.

–Te marchaste muy temprano por la mañana con todos tus bártulos.

–Bueno, tenía un montón de cosas que hacer. Y tú estabas durmiendo.

–¿Fuiste a verme, Holly? –preguntó con un brillo de humor en la mirada.

–Asomé la cabeza por la puerta –dijo Holly anudando un par de globos plateados y rogando que él no notara el temblor de sus dedos.

La visión de Luke dormido en la gran cama, con la sábana que lo tapaba hasta la cintura, dejando al descubierto su magnífico pecho cubierto de vello dorado, había obligado a Holly a retirarse a toda prisa, con el corazón martilleándole en el pecho, mientras locas fantasías eróticas desfilaban por su mente.

–No te sentí. Debiste haberme despertado –dijo en voz baja al tiempo que un temblor excitado recorría su cuerpo al imaginarse a Holly contemplándolo mientras dormía.

Luke se puso a examinar las sedas vaporosas y el rico satén de los vestidos que colgaban de sus perchas en un largo riel. Se detuvo a contemplar la tenue tela de los velos con sus tiaras de perlas o brillantes abalorios. También había preciosos zapatos de satén color marfil de diversos estilos, alineados ordenadamente.

Dentro de unas elegantes cajas, había minúsculos sujetadores y braguitas de fina seda y encaje.

–¿Ropa interior? –preguntó.

–No hay ninguna razón para sentirse tan impresionado –comentó Holly, sonrojándose hasta las orejas.

–No estoy impresionado, sencillamente fascinado –replicó divertido mientras balanceaba impúdicamente en el dedo índice una pequeña braga de encaje color crema.

–Estos hombres no entienden nada –suspiró Holly–. Lo que una novia desea es que le resuelvan los problemas de todo su vestuario para ahorrar tiempo. Además, la ropa interior de una novia es especial. Tiene que ser de seda y encajes muy finos…

–¿Y muy transparentes? –interrumpió burlón al tiempo que

guardaba la prenda–. A propósito, la casa parece muy vacía sin ti –agregó de pronto, en tono casual.

Holly sintió una gran emoción que intentó disfrazar con humor.

–Y más tranquila, ¿no es cierto?

–También es cierto. Estás fantástica, Holly –comentó mirándola detenidamente.

–¿De veras?

Llevaba una atrevida túnica en tono crema que apenas le tapaba los muslos, hecha de finas capas de gasa y holgadas mangas muy ceñidas en los puños. Era uno de sus propios diseños. Habría parecido un vestido de novia, si la novia no hubiera tenido reparos en mostrar toda la longitud de sus piernas.

–De veras. Hasta hoy no me había fijado que tenías piernas –dijo deslizando la mirada a lo largo de las esbeltas extremidades de la joven.

–Y tú … te ves muy… muy bien –dijo Holly tartamudeando porque «sensacional» era lo que verdaderamente quería decir.

No estaba acostumbrada a verlo vestido más que con sus gastados vaqueros. Se había puesto una camisa de seda y pantalones azul marino. Estaba muy atractivo.

–Bueno, gracias –contestó en tono seco, pensando que era absurdo sentirse tan complacido por el cumplido.

Holly sintió que se le iba la cabeza ante la mirada de Luke. No podía pensar con claridad.

–Será mejor ir a destapar unas botellas de vino –dijo débilmente.

–Yo lo haré –se ofreció Luke siguiéndola hasta una pequeña cocina al fondo de la tienda–. ¿A qué hora llegarán los invitados? –preguntó tomando el sacacorchos que ella le tendía.

–Pronto.

Pero Holly pensó que no lo suficientemente pronto, echándole una rápida mirada a su reloj. Si seguía más tiempo sola con Luke haría algo imperdonable, como echarse en sus brazos y pedirle que la besara.

Puso frutos secos en pequeños cuencos y alineó los vasos que había alquilado para la ocasión, mientras Luke con mano experta abría botellas de vino. Trabajaron juntos tranquilamente, en amistoso silencio, y Holly no pudo decir si se alegró al oír el tintineo de la campanita anunciando al primer invitado.

Era Michelle McCormack, la florista. Iba vestida de color verde manzana y llevaba a dos amigas.

–Candy y Mary se casan este verano. Ellas van a ser tus primeras clientas –le dijo a Holly muy entusiasmada, después de besarla.

–Por favor, no se sientan presionadas –replicó Holly sonriendo.

–Esa no es manera de hacer buenas ventas –la reprendió Michelle.

Holly sacudió la cabeza.

–Al contrario, confío en que a la primera mirada se quedarán fascinadas.

–Bueno, vamos a curiosear un poco –sugirió Candy con una risita, y junto con Mary se pusieron a mirar los vestidos.

–¿A alguien le apetece un poco de vino? –preguntó una voz profunda detrás de ellas.

Holly observó cómo Michelle se volvía, quedándose paralizada ante un Luke Goodwin, resplandeciente con la suave camisa de seda y sus brillantes ojos azules, como el color del mar bajo la caricia del sol.

–Solo con mirarlo ya me he quedado prendada –murmuró Michelle a Holly.

Al notar la débil sonrisa de Luke, Holly adivinó que la había oído, pero a Michelle no le importaba.

Holly los presentó.

–¿Así que tú eres el dueño de esto? –dijo Michelle abriendo los ojos y tomando la copa que él le ofrecía–. No recuerdo que Holly me dijera que eras tan rico y apuesto.

–Es que no dije ninguna de las dos cosas –intervino Holly un tanto enfadada.

–¿No lo hiciste, Holly? Ahora sí que estoy desilusionado –bromeó Luke.

–¿Por qué no nos vamos a un tranquilo rincón, Luke, y me cuentas la historia de tu vida? –sugirió Michelle.

Luke sonrió. Él podía tratar con mujeres como Michelle. Encantadoras. Coquetas. Tal vez un tanto excesivas. Pero seguras, por último. Porque con ellas no había secretos ni misterios acechando en la mirada, como sucedía con los ojos oscuros de Michelle. Ella era transparente.

–Encantado –dijo Luke jovialmente.

Holly intentó no sentirse indignada, celosa u ofendida. No había ninguna razón para ello porque sabía que no tenía ningún derecho a sentir otra cosa más que gratitud hacia Luke. Gracias a él poseía una tienda que no desluciría en una de las calles más exclusivas de Londres.

La campanita sonaba constantemente y la estancia comenzó a llenarse de invitados.

Holly había enviado una invitación al vicario de la localidad, pensando que la arrojaría a la papelera. Sin embargo, Charles Cape llegó en moto.

–Muchas gracias por venir –sonrió Holly, mirando sorprendida al joven de largos cabellos rubios y mirada inocente.

–Gracias a ti por invitarme. ¡Y no te sorprendas de verme por aquí! Deseaba darte la bienvenida a nuestra comunidad, y no te olvides que somos cómplices en lo relativo al matrimonio. Ambos intentamos hacer de una boda una experiencia muy atractiva, ¿no te parece? –observó riendo.

–Supongo que si –respondió la joven con una sonrisa.

Holly se dedicó a conversar con los invitados mientras les llenaba las copas, y pronto se creó una atmósfera festiva, animada por la música, el zumbido de las voces, y las risas.

Pete Thomas, el periodista, había llegado con un fotógrafo.

–Queremos hacer el reportaje del sorteo del vestido de novia –le dijo a Holly–. Es novedoso y sugerente. ¿Cuándo piensas realizar el sorteo?

–El primer día del Año Nuevo. Un nuevo comienzo en la vida, tú me entiendes. No abriremos, pero pondré en el escaparate el nombre de la ganadora –dijo echando una mirada al fondo de la sala donde se encontraba Luke conversando animadamente con Michelle y sus dos amigas.

Ya estaba atardeciendo cuando algunos invitados comenzaron a marcharse.

Michelle se levantó del asiento apoyándose en el hombro de Luke.

–Vaya, demasiado vino para un estómago vacío. Necesito comer algo. ¿Y tú, Luke? Seguro que un hombre grande y fuerte necesita un plato de comida, ¿verdad?

Él se encogió de hombros con una sonrisa de pesar.

–En otra ocasión será. Prometí a Holly ayudarla a ordenar todo esto –se disculpó, buscando los ojos verdes que lo miraban complacidos sobre el hombro de Michelle.

Esta lanzó una envidiosa mirada a Holly.

–¿Un jefe que ayuda a limpiar? ¿Y dónde he estado yo todos estos años? Bueno, ya sabes dónde encontrarme, Luke, por si alguna vez vas a Winchester y te apetece compañía.

–Lo tendré en cuenta –sonrió Luke.

En la puerta Holly despedía a los últimos invitados.

–Adiós, querida –trinó Michelle, dedicándole una mirada un tanto vidriosa.

–A todo el mundo le encantaron tus flores –le dijo Holly con suavidad.

–Y a mí me encantó tu jefe –replicó Michelle–. ¿Sabes si está libre?

Holly resistió la tentación de decirle que no. Que si a Luke le gustaba alguna mujer, esa era ella. Pero aquello habría sido un comportamiento infantil, no el de una mujer madura.

–Sí –murmuró Holly, asintiendo con la cabeza–. Bueno, desde que llegué aquí nunca ha mencionado a ninguna mujer en particular y definitivamente no está casado. Así que pienso que con toda seguridad no está enamorado.

–¿Así que es todo mío? –preguntó Michelle con una sonrisa encantada.

–Bueno, ¿no crees que eso debe decirlo él? –sonrió Holly mientras Michelle la besaba en la mejilla.

Cuando se quedaron solos Holly miró a su alrededor. ¿Qué le había sucedido a su hermosa tienda? Por todas partes había vasos vacíos, cuencos con restos de frutos secos, y en el suelo dos ajadas rosas blancas que obviamente alguien había arrancado de uno de los arreglos florales de Michelle.

–¿A qué se debe esa cara de amargura? –oyó una voz profunda detrás de ella–. Creo que todo salió estupendo.

–Claro que sí. Fue maravilloso –dijo Holly suspirando mientras señalaba a su alrededor–. ¡Pero es que todo esto es un caos!

–¿Será esta la misma mujer que hace unos cuantos días estuvo a punto de habitar una vivienda que parecía una chabola?

–Soy la misma –replicó con firmeza–. Pero una vez que has

logrado que un lugar se vea maravilloso, te desvives por mantenerlo igual.

Sin decir palabra, Luke se dirigió a la cocina.

–¿Adónde vas? –preguntó Holly con curiosidad.

–A buscar una bandeja para los vasos vacíos. Vamos, te ayudaré a recoger todo esto.

Capítulo 7

LUKE lavó toda la vajilla mientras Holly colocaba en su sitio las cosas que habían quedado desordenadas. Sobre las seis de la tarde la tienda estaba en perfecto orden.

–Ahora mira esto –dijo Holly señalando el escaparate al tiempo que apagaba las luces.

Un foco de luz iluminó el vestido, convirtiendo el pesado satén en oro pálido, mientras que el reflejo de la luna añadía un matiz plateado a todo el conjunto.

Él se mantuvo en silencio unos instantes.

–Es espectacular –comentó al fin suavemente–. Sencillamente asombroso.

–¿Quieres…? –Holly no pudo acabar la frase. Le aterrorizaba que él pudiera malinterpretarla.

–¿Que si quiero qué? –la miró interrogante.

–¿Quieres subir a ver cómo quedó el piso? –se atrevió por fin.

Luke no vaciló, aunque la voz de la conciencia le advertía lo que debía hacer.

–Encantado –dijo en cambio.

–Después de todo tú financiaste toda la obra –comentó Holly preguntándose por qué tenía que justificarse. Era ridículo.

Al verla temblorosa Luke frunció el ceño.

–¿Tienes algo para beber?

Ella negó con la cabeza.

–No. Quería mantenerme despejada, así que me abstuve de beber dedicándome en cambio a llenarle el vaso a los demás. Y ahora no queda nada.

–¿Qué te parece si abrimos una botella de champán para celebrar la ocasión como corresponde?

–Sería estupendo pero, ¿de dónde vamos a sacarla?

Luke se dirigió a la cocina riendo. En unos cuantos segundos estuvo de vuelta con una botella muy fría.

–La puse en la nevera al llegar. ¿No te diste cuenta? Bueno,

estabas demasiado ocupada para fijarte en detalles.

«No es del todo cierto», pensó Holly con culpa. Se había fijado en que se veía estupendo.

–Bueno, ¿subimos o no?

Holly agradeció la penumbra que le permitía ocultar su confusión. Cuando Luke decía cosas como esa podía ser muy provocativo.

–Ven por aquí –invitó con voz insegura, sintiendo que el pulso se le aceleraba.

También había contado con la aprobación de Luke para decorarlo a su gusto. Ya no había filtraciones y los techos estaban recién pintados. Juntos recorrieron las habitaciones. Todo olía a pintura fresca, maderas nuevas y a limpio.

La sala de estar había sido pintada de un color amarillo sol, que se oscurecía hasta llegar al tono mandarina de la cocina. Por contraste, el dormitorio era azul. Holly observó que Luke le echaba una rápida mirada, sin entrar. La joven estaba muy orgullosa del baño, que parecía más amplio debido al juego de espejos estratégicamente colocados.

Luke aprobó la obra con entusiasmo. A continuación abrió la botella de champán mientras se instalaban en la sala de estar, frente a una estufa que semejaba una pequeña chimenea. Sentada en la alfombra frente a él, Holly bebió media copa sintiendo en el cuerpo el efecto inmediato del alcohol. Poco a poco sus miembros comenzaron a relajarse.

Luke la miraba obsesivamente aunque con disimulo, preguntándose por qué se prestaba a esa situación. ¿Simplemente a causa de un sentimiento de protección hacia ella? ¿O su arrogancia le hacía creer que era inmune a la belleza de la joven?

Holly sintió que debía decir algo formal. Porque tenía que recordarse a sí misma que él nunca había demostrado ni el más remoto deseo de cambiar el cariz de la relación, por muy amable y amistoso que fuera su comportamiento. Y a partir de ese momento la relación se transformaría irrevocablemente, lo deseara o no. A partir del día siguiente se crearía una distancia entre ellos ya que no había ninguna razón para vivir juntos.

Holly se aclaró la garganta.

–Gracias por todo lo que has hecho por mí, Luke. Lo digo

sinceramente. La velada fue un éxito y nunca lo habría conseguido sin tu ayuda. Posiblemente habría abierto la tienda pasado el verano, después de haberme gastado todos los ahorros.

–Para mí ha sido un placer. Y también lo digo sinceramente –afirmó Luke. Se produjo un silencio mientras él consideraba si era prudente añadir algo más–. Te echaré de menos, Holly.

–¿De veras? –murmuró la joven volviéndose hacia él con sorprendido placer.

–Desde luego que sí. Has resultado ser una excelente compañía.

–Y tú también. Te echaré mucho de menos –aseguró sonriendo.

–¿Crees tú que formamos una sociedad de admiración mutua? –rio él estrechando los ojos.

–Yo creo que sí –dijo Holly sin aliento.

Luke la miraba de un modo que le hacía latir el corazón alocadamente.

–Tomemos otra copa –dijo Luke alzando la botella.

–¿Realmente crees que deberíamos?

–Claro que sí –afirmó sin remordimientos.

–Entonces vamos allá –rio tendiéndole lánguidamente la copa que él llenó hasta el borde en una cascada de espuma.

Holly estiró las piernas cómodamente mientras bebía unos sorbos. Echando la cabeza hacia atrás, suspiró distraídamente, como si soñara. Todo era demasiado bueno para ser verdad. La tienda iba a convertirse en un éxito y frente a ella se hallaba el hombre más maravilloso que jamás hubiera visto. Flotaba en una mar de felicidad y burbujas de champán.

Una parte de Luke deseó que no se hubiera sentado en esa postura. En cambio, otra parte deseaba reproducir en cámara lenta cada uno de sus movimientos. Se le había subido la breve falda dejando al descubierto buena parte de sus esbeltas piernas. Intentó buscar un tópico de conversación neutral intentando distraer los pensamientos que surgían en su mente ante la visión de los blancos muslos.

–¿Te sientes a gusto aquí?

–Solo si estás tú –murmuró ella sin poderse contener.

Los ojos de Luke brillaron peligrosamente. ¿Percibiría ella su deseo de besar la boca tentadora, alentado por sus dulces palabras y su magnética mirada verde?

«Vete antes de que sea demasiado tarde», le gritaba una voz dentro de la cabeza.

–¿Es cierto eso? –preguntó en cambio, un tanto inseguro.

Alzándose de hombros, Holly vació su copa y la dejó a un lado.

–Supongo que me he acostumbrado a estar contigo. Han sido días felices y relajados. Quizá a causa de mi niñez tan desordenada siempre he soñado con casas que fueran un verdadero hogar. Como en los cuentos. Yo no creía que existían hasta que llegué a la tuya –dijo dulcemente.

Se produjo un silencio mientras Luke sopesaba la importancia de lo que acababa de oír. Se preguntaba si Holly tendría consciencia del poder que le confería su vulnerabilidad y del enorme cumplido que acababa de hacerle. La verdad es que esa mujer era un enigma, con el rostro y el cuerpo de una hechicera y la delicada ingenuidad de una niña. ¿Quién era la verdadera Holly Lovelace?

Intentando mitigar el penoso deseo físico que se apoderaba de él, se concentró solo en su rostro.

–Me puedo identificar con tu infancia, aunque la mía se redujo a un solitario confinamiento en instituciones.

–Cuéntame, Luke.

Las mujeres que había conocido eran reacias a oír tristes historias de niños abandonados. Ellas solo buscaban un rato de placer físico.

–Todo el mundo sabe cómo son los internados británicos.

–Yo no, porque no he vivido la experiencia. Así que cuéntame, Luke.

–Es un sistema que en muchos aspectos funciona bien. Así que no es que sea tan malo. Es diferente.

Holly sonrió.

–Sabes que no tienes que defenderlo conmigo.

–¿De qué aspecto de esa vida quieres que te hable? ¿De la soledad? ¿De la falta de afecto? ¿De la absoluta falta de tiempo para sentarse a reflexionar a solas? ¿De las comidas desastrosas? ¿De los grandes dormitorios helados? ¿De las duchas aún más heladas al amanecer y más tarde los ejercicios matinales al aire libre tanto en el gélido invierno como en las otras estaciones?

–Pero te dejaron en muy buena forma –observó ella lentamente dirigiéndole una larga mirada bajo las espesas pestañas que no

pudieron oscurecer el intenso brillo de sus ojos.

Luke se sobresaltó. Había esperado una palabra de simpatía, no un comentario frívolo, y esa mirada que hizo que el deseo siempre latente se convirtiera en un ardor casi insoportable.

Ella estaba jugando un juego que para él era muy familiar.

Necesitaba huir de ahí cuanto antes, pero primero tenía que matar ese deseo. La única manera que se le ocurría era alejar de sí la visión de las largas piernas de Holly.

–¿Te apetece un café? –sugirió con voz ronca.

¿Café? Holly se sintió desilusionada. Quería más que un café. Lo quería a él. Y lo deseaba con locura, como desde el primer momento en que lo vio.

Había pensado que él también le correspondía, si no con la misma intensidad, por lo menos de forma similar. ¿O sencillamente se había imaginado ese brillo hambriento que a veces iluminaba sus ojos, oscureciendo su radiante tono azul?

Temblando, intentó ponerse en pie de la forma más grácil posible, lo que no era fácil por la escasa longitud de la falda. Cuando lo consiguió lo miró hacia abajo.

–Que sea un café, entonces –dijo calmadamente, aunque sin moverse, interrogándolo con la mirada.

Luke se sintió preso en una situación muy amenazante.

Tenía una voluntad de hierro, forjada en las solitarias horas de su niñez, pero en ese momento sintió que lo abandonaba.

Alargando el brazo hacia ella, vio su propia mano como si no le perteneciera, como si al posarse en la esbelta curva del tobillo femenino hubiera obedecido a una orden fuera de su control.

Lentamente la mano se deslizó hacia arriba rodeando la pantorrilla, y ese contacto tuvo un efecto tan erótico que hizo temblar todo su cuerpo.

Holly no se atrevía a moverse ni a hablar para no romper la magia de ese instante. El leve contacto de la mano en su piel convertía todo su cuerpo en un horno.

Después de alcanzar la rodilla, que acarició solo con el pulgar rodeando el hueso, una y otra vez, la mano siguió inexorablemente avanzando hacia arriba. Y entonces Luke se arrodilló frente a ella, aprisionándole las nalgas con las manos mientras enterraba la cara en el bajo vientre sintiendo su carne a través de la fina gasa del

vestido.

Al sentir la sacudida del cuerpo de la joven la atrajo hacia sí, hasta dejarla arrodillada frente a él. Ambos se miraban intensamente; la mirada de ella reflejaba una honda ansiedad, como esperando su próximo movimiento.

Sus ojos nunca habían brillado con tanta intensidad, como verdes hojas lustrosas después de una lluvia, ni eran tan invitadores. Percibió el temblor de los labios y las sedosas pestañas a punto de cerrarse.

–Quiero besarte –murmuró Luke con una voz densa y dulce.

–Entonces bésame –susurró Holly en tono soñoliento, casi desesperada de su propia pasividad.

–Sí, sí.

De todos modos, aunque no lo hubiera invitado, igual la habría besado porque ya no podía resistirse a esos labios. Lentamente bajó la boca, posando los labios sobre los de ella, que de inmediato se entreabrieron, contra su voluntad.

Hundiendo la mano en la masa de cabellos ensortijados, Luke terminó de abrirle los labios con la lengua, y ambos se unieron en un beso ardiente, empujados por una fuerza poderosa que exigía más y más.

El fuego que lo invadía amenazaba con explotar en el cuerpo de Luke. Un beso embriagador.

Embriagador. La palabra comenzó a martillearle en la conciencia, como la lluvia golpea contra los cristales de una ventana, y de pronto sintió que su cuerpo se helaba y los labios se quedaron inmóviles sobre los de ella.

Estaba actuando como un tonto. Esa mujer era como beber una copa de champán: una repentina exaltación, luego el urgente deseo de saciar la sed de los sentidos, y entonces, ¿qué? La boca seca, el dolor de cabeza, y luego… maldecir la resaca. Eso era.

No podía caer en las redes de ese tipo de fémina que resumía lo que más temía y despreciaba en una mujer. Con todo el resplandor de la belleza embrujadora y toda la turbulenta energía de una personalidad creativa, era el tipo de criatura que solo traía desgracia.

Apartó sus labios de ella, percibiendo su repentina palidez y el asombro en su mirada verde.

Y aun entonces, el instinto protector que Holly siempre despertaba en él, hizo que la sostuviera entre sus brazos temiendo que la joven se desplomara ante él.

–Luke … ¿qué pasa? –murmuró, mientras él la acomodaba contra el asiento del sofá, donde se apoyó desfallecida–. ¿Qué estás haciendo?

–Estoy haciendo lo que debí haber hecho hace diez minutos. ¡Me marcho!

–¿Por qué? No entiendo.

–No es necesario que entiendas nada –dijo apretando los dientes, con la boca endurecida en un rictus horrible al pensar que había estado a punto de… de… –. Olvida lo que sucedió, Holly, porque no significa nada. Fue una aberración, eso es todo.

–¿Una aberración? –inquirió desafiante, pero se arrepintió en el acto al percibir el insulto en la mirada del hombre–. ¡Esa es una palabra horrible!

–¿Quieres que te la explique? –inquirió, condescendiente.

–Creo que puedo hacer mi propia interpretación, gracias.

Con la agilidad de un depredador Luke se puso de pie frente a ella, mientras Holly pensaba que el temblor le impediría el menor movimiento.

Sus miradas se encontraron, y en la de ella pudo percibir una muda interrogación que no podía ignorar.

–Este episodio no entra en el esquema de mi vida actual –declaró brutalmente, respondiendo a la pregunta silenciosa.

–¿Te refieres al beso? –preguntó incrédula, mientras se preguntaba por qué la hacía sentirse tan sucia a causa de un simple beso–. ¿Eso es todo?

–¿Todo? Besos como ese generalmente conducen a algo más, pero con toda seguridad no es necesario que te lo explique. ¿Tal vez esa fue la razón por la que me invitaste a subir? ¿Para bautizar tu nuevo piso de la manera que más te apetecía?

–Estás presumiendo, Luke –observó indignada.

Él sacudió la cabeza.

–No lo creo. ¿O te atreves a negar la atracción ardiente que hemos sentido recíprocamente desde el instante en que nos conocimos?

–No, no lo niego –dijo sentándose recta en el sofá e intentando

desesperadamente bajarse la falda lo más posible mientras lo miraba fijamente–. Pero eso no es un crimen.

–No. Solo es sexo. Eso es todo lo que es, Holly.

–¿Sexo? –preguntó–. ¿Sexo? Me estás insultando, Luke.

–Llámalo química, entonces, o atracción mutua. Lo que quieras si la palabra te ofende. Y ese sentimiento es muy poderoso, no lo niego. Es muy fuerte, pero insustancial. Llega a un clímax y luego se desvanece, dejando solo caos y destrucción.

–¿No estarás hablando un poco por ti mismo, Luke?

–No lo creo, Holly. Todo lo que sé es que he padecido una tortura estas dos semanas observando tus movimientos tan graciosos, o pensando que te desnudabas en una habitación muy cercana a la mía. Me he tenido que contentar con verte deambulando por la casa con mi ropa, sabiendo que estabas medio desnuda por debajo, y he apelado a toda mi fuerza de voluntad para frenar mis instintos. Ha sido muy duro. Pero ahora estás sana y salva en tu nuevo hogar. Nuestros caminos no tienen por qué cruzarse. Y creo que es lo mejor que se puede hacer.

–¿Mejor para quién? –casi gritó Holly–. ¿Por qué, Luke, cuando ambos lo deseamos?

Él sacudió la cabeza.

–¿Para qué seguir adelante cuando el resultado siempre será el mismo? Mis razones son sencillas y complejas a la vez, y no hace falta que las sepas.

–Pero eso es un verdadero insulto hacia mí, maldita sea –explotó la joven.

Luke alzó las cejas, sorprendido. Era la primera vez que la oía hablar así. El incontenible juramento de la joven y la pasión con que lo profirió solo reforzaron sus prejuicios. Y las puertas de su interior se cerraron de golpe. Los viejos hábitos tardan en desaparecer…

–Gracias por invitarme a la inauguración –dijo cortésmente–. Te deseo lo mejor en tu nueva empresa. Buenas noches, Holly.

Lo miró sin simpatía, olvidando toda la generosa bondad del hombre en esos quince días, herida por la frustración y el rechazo.

–Gracias por todo, Luke. Te ruego que me perdones si no te acompaño hasta la puerta.

Capítulo 8

VERDADERAMENTE era una suerte que al iniciar una nueva empresa siempre hubiera mil cosas en qué pensar, y Holly se sentía muy agradecida por eso. Al menos le impedía preguntarse una y otra vez por qué Luke Goodwin: a) La había besado. b) Había actuado a continuación como si ella tuviera una enfermedad infecciosa y c) Había desaparecido totalmente de su vida en los días que siguieron a la inauguración de la tienda.

Podría haber despejado esas dudas mediante el teléfono o una visita a la mansión, pero ella también tenía su orgullo.

Se obligó a comportarse con sensatez, evitando darle más vueltas al asunto. Pero lo echaba de menos.

Pasó una cuantas noches sin dormir preguntándose qué había fallado y por qué. Luego concluyó que no valía la pena seguir haciéndose preguntas que ella misma no podía contestar.

Una mañana se encontró en el supermercado con Margaret, la señora que iba a limpiar a casa de Luke.

Margaret la saludó sonriendo.

–¿Cómo está Luke? –se atrevió a preguntarle como por casualidad.

–No lo sé, querida, porque se ha marchado.

–¿Marchado? –repitió horrorizada–. ¿Dónde ha ido?

–No lo dijo, querida. Se marchó justo al día siguiente de la inauguración de su tienda.

–¿Y sabe usted si volverá? –preguntó sintiendo que el corazón le pesaba como el plomo.

Margaret se encogió de hombros.

–Yo creo que sí, porque aparte del pasaporte se llevó muy pocas cosas.

–¿El pasaporte? –repitió Holly como un loro.

–Eso es.

–¿Pero no sabe usted dónde se ha ido?

–Me temo que no, querida. Si vuelve pronto, ¿quiere que le diga

que preguntó por él? –ofreció con un destello malicioso en sus ojos cansados.

–No, mejor que no, Margaret –dijo sonriendo.

El artículo sobre la tienda había aparecido en el periódico local. Al público le había gustado la historia del concurso de diseño que había ganado Holly, de la apertura de la tienda de novias con el dinero del premio, y sobre todo su decisión de sortear el vestido ganador. El artículo había tenido tanta popularidad que apareció en un par de periódicos nacionales. En una semana escasa de noticias habían enviado a fotógrafos y periodistas a Woodhampton, y Holly posó junto a su famoso vestido, esforzándose por parecer feliz y sonriente.

Era una publicidad fabulosa para su tienda, y aun sabiendo que debía sentirse contenta, la verdad es que no lograba conseguirlo.

Atraídas por el concurso, las futuras novias acudieron a la tienda, así que en el mes de diciembre hubo una desacostumbrada actividad.

Debido a que la clientela aumentaba, Holly pensó que necesitaría más ayudantes. Tenían que ser personas conocedoras del oficio debido a la complejidad de sus diseños. Así que puso un anuncio en el periódico.

Un lunes por la mañana, un par de semanas previas a la Navidad, Holly se encontraba arreglando el escaparate, cuando vio a una mujer que le hacía señas desde la calle.

–¿Está abierto? –articuló con los labios señalando exageradamente su reloj.

–¡No hasta las diez! –respondió Holly de la misma manera.

Pero al punto se preguntó por qué tanta rigidez en los horarios cuando al fin y al cabo la tienda era suya y podía abrirle a quien quisiera.

Bajando del escaparate, abrió la puerta.

–Pase –dijo sonriendo.

–Pero no se abre hasta la diez, ¿no es cierto? –dijo la mujer entrando de todas maneras. Llevaba unos finos pantalones de pana, botas de goma y una chaqueta verde acolchada. La ropa informal le sentaba muy bien, especialmente a su cutis claro y al cabello rubio, señal de que se trataba de una verdadera dama, según solía decir su madre.

–Solo faltan diez minutos para abrir –comentó Holly sonriendo–. La tienda es muy nueva y necesito hacerme una buena reputación. Así que no puedo obligarla a esperar en el frío cuando se está mejor adentro. Mire todo lo que quiera. ¿Es usted una futura novia?

–Claro que sí –dijo la mujer con una risita. Era una risa atractiva y contagiosa, pero un tanto infantil. «Un poco inapropiada para alguien que ya está en los treinta años», pensó Holly. Hasta que de pronto recordó que su trabajo era hacer vestidos de novia y no juzgar a los clientes.

–¿Para cuándo es la boda?

–Bueno aún no la hemos fijado. Usted sabe como son los hombres para estas cosas –dijo alzando los hombros con una sonrisa.

–¿Pero no estará pensando en una boda repentina para San Valentín? –preguntó Holly–. Porque si es así tendremos que darnos prisa.

La mujer negó con la cabeza.

–Como le decía, realmente aún no hemos decidido la fecha. Pero quiero asegurarme de que todo esté preparado cuando lo hagamos.

–Muy bien, entonces me presento. Soy Holly Lovelace, la dueña y diseñadora.

–Caroline –dijo la mujer estrechándole la mano–. Caroline Casey. Soy novata en estos asuntos, me temo. Por lo tanto dígame qué debo hacer.

–Mire todos los modelos que están en el colgador, y elija los que más le gusten. Entonces se los prueba para ver cuáles le sientan mejor. Y cuando se decida por uno, se lo haremos a la medida.

–¿Todos los vestidos llevan la etiqueta con los precios?

–Desde luego. Pero si usted tiene pensado un presupuesto y le gusta un diseño en particular, podemos hacerle el vestido con una tela menos costosa.

Holly sabía por experiencia que las novias raramente miraban demasiado un vestido que estaba fuera de su alcance.

–Oh, no –rio Caroline delicadamente, enseñando una hilera de dientes blancos y perfectos. El dinero no es un impedimento. Mi novio acaba de recibir una gran herencia –agregó con una sonrisa un tanto desvalida.

Con una repentina y fugaz sensación de *déjà vu,* Holly sonrió

aunque pensando que a pesar de la sonrisa su tono era un tanto presumido.

–Bien por él y por usted –dijo Holly suponiendo que era difícil no parecer presumido cuando se habla de una gran herencia–. Es agradable estar enamorada. Y aún más si el futuro marido es rico.

–Nunca me habría casado con él si no hubiera heredado –dijo Caroline sonriendo al tiempo que sacudía cuando vio que Holly la miraba con horror–. ¡Oh, no! No me interprete mal. No quiero decir que me caso solo por el dinero, aunque debo confesar que una buena situación económica ayuda mucho. Quiero decir que el dinero trae responsabilidades consigo, y lo que es más importante, estabilidad. Antes de heredar, mi novio llevaba una vida muy salvaje.

–¿En qué sentido? –preguntó Holly con curiosidad.

–En todo sentido –respondió Caroline, frunciendo su hermosa nariz respingona–. Era un canto rodante. No echaba raíces en ninguna parte.

Holly sonrió, sintiendo una simpatía instintiva hacia el hombre. Sospechaba que la bonita, pero muy decidida Caroline Casey mantendría con las riendas muy cortas a su novio errante.

–Escuche, ¿le apetece que prepare café para ambas mientras usted mira los vestidos con calma?

–¡Es muy amable, nada me gustaría más!

Cuando Holly volvió con el café, se sintió muy halagada al comprobar que la mujer había elegido el vestido más hermoso de todos. Era un atuendo para una princesa. Tenía un cuello bajo, rodeado con volantes, un corpiño con incrustaciones de pedrería, y una falda con voluminosos pliegues de seda.

–¿Qué le parece este?

–Me gusta mucho. Su cintura se verá igual que la de Scarlett O'Hara con ese modelo –le prometió Holly entusiasmada.

Caroline apretó el vestido contra su cuerpo.

–Desde que era niña he soñado con casarme con un vestido como este.

–Eso pasa siempre, y generalmente se logra. Bueno, a menos que al novio no le gusten las formalidades. Que no sea tradicional, quiero decir.

Caroline frunció el ceño.

–Y parece que eso le sucede a la mayoría de los hombres. Yo soy muy conservadora, creo en las tradiciones. La tradición es el fundamento de la sociedad, el lazo que une a todos sus miembros entre sí y con el pasado. En fin, ¿puedo ponérmelo?

–Por favor, el probador está aquí. ¿Qué pie calza?

–El número treinta y cinco. Tengo el pie muy pequeño.

–Entonces llévese estos zapatos y llámeme si me necesita –dijo Holly cerrando la cortina de terciopelo del probador.

Mientras elegía un velo y un tocado que quedaran bien con el vestido, Holly se preguntaba por qué Caroline habría ido sola, cuando por lo general las futuras novias lo hacen con su madre o con su mejor amiga para tener otras opiniones.

Cuando Caroline apareció con el vestido puesto, desplazándose con cierta afectación, Holly experimentó nuevamente la conocida sensación de asombro al comprobar cómo un vestido de novia transformaba a una mujer en una diosa. Las mujeres adoptaban una postura diferente, así como un modo diferente de andar.

–Esta seda de tono marfil le sienta maravillosamente bien a su cutis –comentó Holly con admiración.

Caroline giraba lentamente sobre sí misma mirándose en el enorme espejo que llegaba hasta el techo.

–¿Verdad que sí? –dijo sin aliento–. Me siento como la princesa de un cuento de hadas.

–Le queda un poco amplio de cintura. La ajustaré un poco –dijo Holly prendiendo algunos alfileres en la tela.

Sin dejar la labor, Holly charlaba y escuchaba. Las mujeres suelen confiarse a sus modistas y Caroline no era una excepción. Al finalizar la prueba, Holly tenía la impresión de que era una mujer agradable y competente, pero tremendamente insípida y convencional.

Ya casi era hora de cerrar cuando la futura novia salió del probador vestida con su ropa informal.

Holly alzó la vista de la tela de seda y le sonrió.

–¿Y qué la hizo decidirse por mi pequeña tienda en Woodhampton?

–Me temo, que la geografía. Este será mi lugar de residencia –comentó, mirándose al espejo mientras se retocaba el maquillaje.

–¿Por los alrededores?

–No, en el mismo pueblo –la voz de Caroline se llenó de orgullo–. Hay una hermosa casa de estilo georgiano en el pueblo. Se llama Apson House. Seguramente la conoce.

Holly sintió que el mundo se detenía, igual que su corazón.

–Sí, la conozco –murmuró–. ¿Y quién es su novio? –se obligó a preguntar tartamudeando.

Caroline frunció el ceño, súbitamente atenta al cambio que se había producido en Holly y a las minúsculas gotas de sudor que perlaban su frente.

–Se llama Luke. Luke Goodwin. ¿Usted lo conoce? –preguntó con toda precisión, con su pálida mirada gris clavada en el rostro de Holly.

La joven sentía la cabeza ligera, las piernas temblorosas. Temía desmayarse de un momento a otro. Y al mismo tiempo el hecho increíble le martilleaba en el cerebro.

¡Luke Goodwin estaba comprometido con la aburrida Caroline Casey!

¡Luke Goodwin era un malvado y mentiroso bastardo!

–¿Lo conoce? –Caroline repitió implacable con el tono de un fiscal que interroga al testigo.

No podía mentir. Margaret, la mujer de la limpieza, así como todo el pueblo sabían que había vivido en la casa de Luke un par de semanas mientras rehabilitaban la tienda.

–Sí, lo conozco –respondió claramente.

Caroline la contemplaba muda, con las cejas alzadas.

–¿Sí?

–Verá, estuve alojada un par de semanas en Apson House.

–¿Un par de semanas? –inquirió Caroline con los ojos echando fuego–. ¿Tal vez quiera explicarse mejor?

Holly tragó saliva.

–Esta tienda y el piso superior se encontraban en un estado lamentable cuando yo llegué, y Luke amablemente me ayudó. Primero tuvo que despedir al corredor de propiedades y luego encargarse de la obra. Como yo no tenía dónde ir mientras reparaban la casa, me ofreció la suya.

–¿Y por qué hizo eso? –preguntó la mujer en tono sordo y amenazante.

–Porque como seguramente usted ya lo sabe, él es el dueño de

esta propiedad.

La boca de Caroline se había convertido en una dura línea.

–Temo que mi conocimiento de la vida de Luke en Inglaterra es escaso comparado con el suyo. Así que le ruego que me informe, Holly. Por ejemplo, ¿cuánto conoce a Luke realmente? –inquirió mordaz.

Holly la miró fijamente. La inferencia era muy clara.

–¿Qué quiere decir exactamente?

–Le diré exactamente lo que quiero decir –dijo Caroline parpadeando mientras miraba a Holly–. Luke es un hombre con ciertos, digamos… apetitos. Y con una mentalidad un tanto anticuada. Verá, uno de esos hombres que se casan con una mujer porque la aman y la respetan, pero si surge la necesidad se valen de una atractiva suplente, si me perdona el eufemismo –concluyó maliciosamente–. ¿Eso hizo él?

Holly tenía la garganta tan apretada que apenas podía hablar, pero de alguna manera se obligó a hacerlo.

–¿Hacer qué?

–¿Durmió con usted?

–¿Cómo se atreve a preguntarme eso?

Se produjo un silencio. Caroline la miraba directamente a los ojos.

–Se lo preguntaré nuevamente, Holly. Soy una mujer muy comprensiva, sabe, y el sexo no tiene nada que ver con el respeto, especialmente en lo que se refiere a Luke. ¿Durmió usted con él?

Los pensamientos bullían como mosquitos en la mente de Holly, pero el más perturbador dominaba al resto. Podía oír a Caroline diciendo desafiante, casi con orgullo: «Nunca me habría casado con Luke si no hubiera heredado».

Se enfrentó a la mirada de Caroline sin sonrojarse. Guiada solo por un instinto visceral y la más pura indignación, Holly se dio cuenta que con la próximas palabras podría destrozar su reputación. Pero se lo había jugado todo a una carta, ¿por qué no su reputación?

–Estuve viviendo en su casa unos días –replicó con lenta deliberación–. Y usted conoce a Luke. ¿Qué cree que sucedió?

–¡Le diré lo que pienso! Usted se engaña si cree tener alguna posibilidad con él. Porque a Luke siempre le aburrieron las mujeres

demasiado fáciles.

Capítulo 9

TRAS la precipitada salida de Caroline, no sin antes haberle dicho exactamente lo que podía hacer con el vestido de novia, Holly fue a sentarse a la cocina, los nervios rotos a causa de lo que acababa de decirle la novia de Luke, y por la barbaridad que había cometido en venganza por todo aquello.

El hecho crucial es que Luke estaba prometido.

Pero aún más decisivo era saber que la había engañado. Una mentira por omisión. Había permitido que naciera una relación amistosa entre ellos, alentando incluso la fuerte atracción física que sentían el uno por el otro, cuando con haber dicho la verdad todo aquello se podría haber evitado.

Y la verdad era que estaba comprometido formalmente.

Holly escondió la cara entre las manos y se puso a llorar. Ella que nunca lloraba. Ella que de niña siempre mantenía la misma sonrisa, tal como se esperaba que hiciera, incluso cuando una y otra vez le destrozaban la vida.

Era malo que hubiera mentido. También era malo que hubiera elegido comprometerse con una mujer que tenía todos los atributos para ser una buena esposa, había que reconocerlo. Caroline era bastante inteligente. Pulcra, organizada, atractiva y decidida pero, ¿cómo un hombre como Luke, ese Luke tan salvaje, podía haber contemplado la posibilidad de pasar junto a ella el resto de sus días?.

Porque aún peor que su engaño era saber al fin por qué la había alejado de sí y por qué había desaparecido de su vida desde aquel frustrante encuentro íntimo. Porque él no le pertenecía y nunca le pertenecería. Holly por fin había encontrado un hombre al que podría dedicarle su vida, pero pertenecía a otra mujer.

Pero una mujer de negocios no podía echarse al suelo y golpearlo con los puños para despojarse de su ira y frustración, como tampoco podía ponerse a comer galletas para poder resistir. No, no iba a caer en esas tentaciones a esa altura de la vida.

En cambio pasó toda la tarde cosiendo su primer pedido completo. Un vestido para una boda en Navidad, con una larga falda de tafetán y un corpiño abotonado en terciopelo verde oscuro. El diseño de los vestidos de las pequeñas damas de honor era a la inversa: el corpiño de tafetán y la falda de terciopelo. Michelle se encargaría de preparar los ramilletes y los tocados florales.

Solo entraron dos chicas jóvenes a curiosear y a rellenar la tarjeta de participación en el sorteo del vestido.

Antes de despedirse las echaron en una caja forrada en satén rojo que Holly había preparado para ese propósito.

–¿Y cuándo lo vas a sortear?

–Durante la Nochevieja. Cuando las campanas del reloj anuncien las doce en punto –contestó Holly con una débil sonrisa.

–Como el cuento de Cenicienta –comentó una de ellas con voz esperanzada.

El comentario la hizo sonreír abiertamente. Aunque el mundo se viniera abajo los sentimientos románticos nunca se extinguirían. Gracias al Cielo.

El resto de la tarde la pasó como un autómata. A las cuatro ya estaba deseando cerrar y subir a su piso. Tenía que ver unas facturas y darle los toques finales al vestido de terciopelo. Suficientes tareas para mantenerse ocupada el resto del día.

Justo cuando estaba guardando unas prendas en un cajón sonó la campana de la puerta y alzó la vista. Las palabras que iba a pronunciar se congelaron en sus labios al ver quién era.

Su primer pensamiento fue que no se parecía a Luke en absoluto porque llevaba un traje azul oscuro y una corbata de seda de un azul pálido. ¡Luke con corbata! Nunca se lo habría imaginado con esas prendas tan finas de lana y seda, aunque no le sorprendió comprobar que le sentaban estupendamente bien. Pero esa apariencia impecable lo distanciaba, haciéndole parecer un extraño.

Luke cerró la puerta tras de sí con toda calma y luego le echó el cerrojo. Algo en su rostro y en la rigidez de sus hombros hizo que Holly dijera nerviosamente.

–¿Qué estás haciendo?

–Me parece que estoy cerrando la puerta con llave.

–Pero la tienda todavía está abierta. No puedes hacer eso –objetó con el pulso saltando en sus venas.

–¿Quién dijo que no podía? –espetó volviéndose a ella con una furia que le ensombrecía el rostro.

Holly tembló de aprensión al leer la amenaza y decisión en el rostro del hombre mientras se acercaba a ella. Instintivamente deseó escapar, mirando frenéticamente de un lado a otro, como buscando una salida.

Luke notó su ansiedad, pero no sintió el menor vestigio de compasión, solo la ira que había ardido en sus venas durante toda la tarde y que amenazaba consumirlo.

Se enfrentó a ella respirando con gran dificultad.

–¿Qué estás haciendo aquí? –murmuró Holly con la voz enronquecida.

La boca del hombre se curvó en una parodia de sonrisa que la dejó helada.

–Sabes bien qué estoy haciendo aquí.

–No lo sé –tartamudeó.

–¿Qué fue exactamente lo que le contaste a Caroline?

–¿Te refieres a tu novia? –replicó hiriente.

–¡Contéstame!

Su tono la sacudió hasta lo más hondo, pero al mismo tiempo le proporcionó la fuerza necesaria para enfrentarlo con furia.

–¡Le dije la verdad!

–¡Mientes, Holly! –vociferó rabiando de ganas de agarrarla por los hombros, apretarla contra su pecho y sonsacarle a la fuerza todo lo que le había contado a Caroline.

–Tú no estabas presente –señaló Holly.

–No hacía falta para nada.

–Bien, entonces –observó alzándose de hombros–. Es su palabra contra la mía. Sea lo que sea que te haya dicho.

La audacia de la joven lo dejó paralizado durante un instante.

–Te diré lo que me dijo, cariño. Que al parecer tú y yo habíamos dormido juntos. Y yo no recuerdo haberlo hecho.

–No le dije que había dormido contigo –objetó–. Ella lo supuso. Pensó de antemano que así tenía que haber sido.

–Especialmente si tú no quisiste negar esa acusación –sugirió con gélida calma.

Holly se encogió de hombros.

–No había razón para negarlo cuando Caroline ya lo había

decidido, y no iba a renunciar a su idea. Para ella resulta del todo increíble que tú y yo hayamos compartido el mismo techo durante dos semanas sin haber tenido relaciones sexuales.

–¿Con qué derecho te entrometes en mi vida? ¿Cómo te atreviste a dejar que Caroline creyera que hubo sexo entre nosotros?

Para Holly esa fue la gota que colmó el vaso. Luke actuaba como si no hubiera existido nada entre ellos, como si la camaradería surgida en esos días de estrecha convivencia jamás hubiera ocurrido.

–Pero tú sabes que sí hubo intimidad entre nosotros. ¡Lo sabes de sobra!

La boca del hombre se endureció.

–¿Y cuándo se supone que sucedió eso?

Ella sintió que se debatía en el frío y negro pozo de los equívocos. Recordaba muy bien la caricia de Luke en su tobillo, la profunda mirada que los había unido antes de besarse. Algo especial había sucedido entre ellos. ¿Y Luke iba a negarlo?

–Tú me acariciaste, me tocaste –protestó con voz ronca–. ¡Sabes que lo hiciste!

–¿Te toqué? –repitió incrédulo–. ¿Y crees que eso te da carta blanca para controlar mi vida, insinuando que ha habido mucho más que eso entre nosotros? ¿Qué derecho tienes para hacerlo, Holly?

Ella sacudió la cabeza con vehemencia, y el cabello ensortijado cayó sobre sus hombros.

–También hay otra clase de intimidades. Que son fugaces, a veces no expresadas. Pero existen. Y en ese sentido hubo intimidad entre nosotros cuando vivimos juntos, Luke. Y tú sabes que así fue. ¡Al menos admítelo! Si entonces hubieras sido honesto conmigo hablándome de Caroline, te aseguro que la situación habría sido muy diferente. Para empezar no habría dado pie a ese beso. ¿Por qué no me lo dijiste, Luke? Solo contéstame esta pregunta –dijo respirando entrecortadamente.

Él sonrió con arrogancia.

–No me lo preguntaste.

Sin embargo, bien sabía que no era del todo cierto. No se lo contó porque eso habría significado reconocer la realidad, y toda la atmósfera creada entre ellos era tan dulce que le hizo fingir que la

realidad no existía. La cálida compañía de Holly había sido maravillosa y él había disfrutado de ella aun sabiendo que no podría tenerla para sí…

–Ni siquiera mencionaste a una amiga.

Los ojos de Luke brillaron desafiantes.

–Bueno, tal vez debiste habérmelo preguntado.

–Sabes que estás actuando de forma deshonesta –objetó acaloradamente.

–¿De veras? Bueno, entonces digamos que no quise aventurarme en terrenos demasiado personales.

–Sin embargo, me hablaste de tu madre, y no puede haber algo más personal que eso.

–¡Eso es diferente! –gruñó, recordando el modo tan suave en que le preguntó sobre su vida, sin contrariarse ante su renuencia a responder. Ese detalle le hizo decidir confiarse a ella, y abrió las compuertas de su represa interior, dejando escapar la pena contenida desde siempre. La experiencia fue perturbadora, especialmente para un hombre como Luke que desde su infancia nunca tuvo en quien confiar. Y se acostumbró a silenciar su intimidad, para evitar que le hicieran más daño.

–Solía preguntarme por qué te abalanzabas sobre mí como lo intentan casi todos los hombres –dijo Holly riendo amargamente.

–¿Y eso te desilusionó? ¿Te gusta que se abalancen sobre ti, Holly?

La joven ignoró el crudo sarcasmo.

–Pensé que no lo hacías porque eras un caballero y me respetabas; pero ahora reconozco que no podía haber estado más equivocada. ¡Eres un bastardo, Luke Goodwin, porque te comprometes con una mujer y luego te entretienes con otra!

–Si así lo hubiera hecho sabrías de qué estás hablando, cariño. Solo nos besamos, ese es el hecho básico. Y nada más –dijo con la boca contraída de deseo–. Aunque, hablando con franqueza, con esa falda tan corta como la que llevabas ese día…

–Así que debo esperar que los hombres pierdan todo control sobre sí mismos. ¿Eso es lo que estabas a punto de decir, Luke? ¿Que yo lo estaba pidiendo a gritos?

–Pero no perdí el control, ¿verdad? Solo Dios sabe cómo pude detenerme en ese beso porque tú no lo estabas pidiendo, Holly, lo

estabas implorando.

–¡Bastardo! –gritó abofeteándolo en la mejilla. Y ambos se miraron jadeantes, conscientes de que ya no habría vuelta atrás.

–¿De modo que así lo quieres, cariño? –murmuró pasándose la mano por la mejilla enrojecida.

Holly lo miró incapaz de resistirse a las emociones primitivas que se agitaban entre ellos.

–Luke…–empezó a decir, pero él negó con la cabeza, y algo en la mirada del hombre silenció sus palabras.

Luke se alejó unos cuantos pasos, con la boca apretada, los ojos oscurecidos como zafiros.

–¿Por qué dejaste que creyera que habíamos dormido juntos? ¿Por qué permitiste que Caroline creyera una mentira como esa?

Ella rechazó el sentimiento de culpa. El único culpable era él por haberla engañado.

–¿No te has detenido a pensar por qué me creyó? Parece que una relación no funciona demasiado bien si tu novia está decidida a creer que le eres infiel a la primera oportunidad que se te presenta. ¿O tal vez has sido desleal en el pasado? Puede ser que ella te juzgue por experiencias pasadas.

–¿Crees eso de mí? –preguntó con ofendida sorpresa.

–No lo sé –contestó, sintiéndose muy cansada.

La cabeza le giraba y no quería saber nada más.

–Bien, me disgustaría desilusionarte, querida –dijo arrastrando las palabras–. Así que permíteme ser el bastardo de tus sueños…

Holly debió haber anticipado lo que sucedería a continuación por el fuego que se desprendía de su mirada, y por el tono ronco de sus voz. Pero creyó que se iba a contener por el hecho de estar en medio de la tienda, a la vista del primero que pasara por la calle, reflejados por triplicado en los grandes espejos que colgaban de las paredes.

–Luke –murmuró otra vez, pero él la rodeó con sus brazos y brutalmente comenzó a besarla, como si intentara castigarla–. ¡Luke, no, no lo hagas! ¡Detente, Luke! –acabó susurrando, desfallecida ante la ola de deseo que la invadía y la suavidad de los labios del hombre.

–Bésame –murmuró Luke. Holly, sin poder contenerse más, enredó los dedos en los cabellos dorados, como lo había anhelado

durante tanto tiempo.

Deliberadamente él le acarició las nalgas atrayéndola posesivamente hacia su cuerpo enardecido de deseo. Luego empezó acariciarle los pechos con agonizante lentitud hasta que la sintió rendirse, con un hondo suspiro, entre sus brazos. Abriendo los ojos, Luke vio sus cuerpos estrechamente unidos reflejados en uno de los espejos, y esa visión se le hizo insoportable.

–Luke, por favor –suplicó Holly, sin saber qué deseaba decirle.

Él dejó escapar una breve risa teñida de pasión y poder.

–¿Qué? –susurró, pero Holly estaba demasiado ensimismada para percibir el tono de burla de su voz.

Luke deseaba romperle la blusa, morder y besar sus pechos lujuriosos hasta obligarla a pedirle que la poseyera.

–¿No llevas sujetador? –quiso saber al notar que nada le impedía acariciar sus pezones.

–Nunca –susurró Holly recorriendo posesivamente con los dedos la espalda del hombre, moviéndolos bajo la chaqueta hasta acariciar la piel bajo la camisa de seda.

–¿No sabes cuánto excita eso a los hombres? –murmuró Luke entre la nebulosa del deseo. Tendría que llevársela arriba, porque si no lo hacía…

Un repentino golpe de la puerta hizo despertar a Holly, como si le hubieran vertido un cubo de agua fría sobre la cabeza. Y de inmediato se vio en los brazos de Luke, mirándolo confundida.

–¿Qué pasa?

Luke, utilizando los rápidos reflejos adquiridos durante largos años en la reserva, velozmente le había abotonado y arreglado la blusa antes de que ella pudiera darse cuenta.

–Tienes un cliente. No olvides que esta es una tienda –se burló sombríamente.

Y Holly, desfallecida, miró hacia la puerta donde había una mujer joven mirando hacia dentro. Sus ojos volaron hacia la cara de Luke, en busca de un gesto tranquilizador, pero no encontró respuesta, sino repugnancia. La misma que habría esperado de un hombre a quien casi le había permitido hacerle el amor en público. Oh, Dios, ¿qué había hecho?

–¿No sería mejor que la dejaras entrar? –sugirió Luke en tono distante.

Y Holly se dirigió hacia la puerta.

Capítulo 10

LA PRIMERA impresión de Holly fue que la mujer que esperaba afuera no tenía la apariencia de una futura novia. Y no solo porque fuera obesa, aunque las novias rollizas tendían a comprar sus trajes en tiendas especiales, ni porque no llevara anillo de compromiso. Muchas mujeres no lo llevaban, como Caroline.

No, más bien era por su expresión ansiosa; se la veía confundida, sin aliento. Su talante no expresaba la ilusión satisfecha de una mujer a punto de elegir su atuendo de novia.

–¿Está abierto, no es así? –preguntó con ansia, mientras Holly, sonrojada, la hacía pasar preguntándose en qué medida había sido testigo de la breve y apasionada escena con Luke. Y a propósito de Luke…

Echó una mirada hacia él.

¿Por qué seguía inmóvil en el mismo sitio donde lo había dejado? Sus ojos se encontraron. Los de él todavía brillantes de ira y de frustración. La mirada de ella todavía azorada por la escandalosa demostración de la pericia sexual masculina. La había manipulado groseramente. Lo miró furiosa, pero él no se inmutó.

–Sí, está abierto –dijo Holly sonriente.

–Gracias –dijo la mujer mirando a su alrededor, pero una y otra vez los ojos se le iban al vestido del escaparate.

Estudiándola más de cerca, Holly observó que tenía unos hermosos ojos azules cercados por largas pestañas. Su cutis era claro y suave con una brillante cabellera negra atada en un moño anticuado.

–Soy Holly Lovelace –dijo la joven tendiéndole la mano.

–Me llamo Ursula O'Neil. Encantada de conocerla.

–Y yo soy Luke Goodwin –se oyó una suave voz detrás de ellas.

Ursula se volvió.

–Hola –saludó tímidamente.

–¿Qué clase de vestido busca en especial? Generalmente pregunto a mis clientas cómo les gustaría verse el día de su boda –

comentó Holly mirando a Luke con el ceño fruncido.

La mujer negó con la cabeza.

–No, no se trata de mi boda. Bueno, la verdad es que he venido a causa de una vieja historia.

–¿Por qué no nos sentamos y me la cuenta? –sugirió Holly contenta de substraerse a la mirada de Luke, y a la vez intrigada ante la vacilación de la mujer.

–Bueno, la verdad es que no quiero molestar –dijo la mujer mirando a Luke.

–No molesta en absoluto –intervino Holly rápidamente–. Él ya se marchaba, ¿no es así, Luke?

Él le dedicó una suave sonrisa cuando sus miradas se encontraron.

–Realmente, no. Creo que me quedaré –dijo sonriente.

Holly le lanzó una mirada de advertencia. Quería que se fuera. ¡Y que lo hiciera ya!

–Pero mi cliente preferiría hablar conmigo en privado –dijo en tono glacial.

–Estoy seguro de que a usted no le importa, ¿verdad, Ursula? –preguntó Luke dirigiéndole su sonrisa más cautivadora.

Dócilmente la mujer negó con la cabeza, como hipnotizada por el encanto del hombre.

–No, no me importa en absoluto –afirmó acomodándose en el sofá mientras dirigía la mirada al escaparate–. Se trata del vestido que tiene allí. ¿Es… es un vestido muy antiguo? –preguntó casi sin aliento.

–No, no lo es –contestó Holly, sorprendida.

–¿Cuándo se confeccionó?

–Bueno, lo hice a principios de año.

–¿Lo hizo usted?

Holly parpadeó.

–Sí.

–Ya veo.

Claramente desilusionada, Ursula sacó del bolso un pañuelo de papel y se sonó ruidosamente.

–¿Hay algún problema? –demandó Holly suavemente.

La mujer negó con la cabeza.

–No, en modo alguno. Es que vi la fotografía en un periódico y

pensé… bueno…

–¿Qué pensó?

–Es igual al vestido que mi madre compró hace muchos años –dijo tragando saliva, como si estuviera a punto de echarse a llorar–. ¡Pero desde luego que no puede ser!

–No, no puede ser –dijo Holly. Luego frunció el ceño pensativa–. ¿Cuándo adquirió su madre el vestido exactamente? ¿Lo recuerda?

Ursula se encogió de hombros.

–Hace unos veinte años aproximadamente. Estaba en oferta en una gran tienda londinense donde ella trabajaba. Aguardó toda la noche a la entrada de la tienda. Quería ser la primera en entrar y comprarlo cuando abrieran por la mañana. Lo quería para mí y mi hermana cuando nos casáramos.

–¿Y qué sucedió?

Ursula alzó la cabeza orgullosamente mirando a Holly a los ojos.

–Mi padre falleció y nos quedamos sin dinero. Así que tuvo que venderlo. Puso un anuncio en el periódico. A mi madre se le partió el corazón cuando se llevaron el vestido. ¿Pero para qué sirve un maravilloso vestido colgado en el armario cuando no hay comida en la mesa?

–No sirve para nada –intervino Luke hablando lentamente. Ambas se volvieron hacia él, como si hubieran olvidado su presencia–. Verá, Ursula, su madre compró el vestido original.

–Así fue –ratificó Holly lentamente.

–Lo siento. No comprendo lo que dicen –se excusó Ursula, confusa.

–Yo diseñé y confeccioné el vestido del escaparate. Pero mi diseño se basó en uno de los modelos originales de mi madre, que también era diseñadora. De todos los vestidos que había hecho, era el que más le gustaba. Por lo tanto su madre tiene que haber comprado el vestido que confeccionó la mía. ¿Comprende?

–¡Cielo santo! –exclamó Ursula.

–Aunque los dos vestidos no sean exactamente iguales, se parecen muchísimo.

Ursula se acercó al escaparate con los ojos muy abiertos.

–Sí, es cierto, son muy parecidos. ¡Es increíble! –guardó silencio unos instantes mientras contemplaba el suave satén de la falda–. Mi madre lo guardaba en el armario y nos permitía mirarlo y tocarlo

solo a través de la funda protectora. Pero el día de nuestro cumpleaños solía sacarlo de su funda y entonces podíamos admirar su belleza a gusto.

–¿Y su madre nunca se lo probó? ¿Solo para ver cómo le quedaba? –preguntó Holly.

Ursula negó con la cabeza.

–Era un vestido para una mujer delgada y ella era muy fuerte. Como yo. Solía decir que ni siquiera le entrarían los dedos en las mangas. Pero mi hermana pronto se va a casar y le quedaría muy bien. Puede que no sea el original, pero es el que más se le parece. Por eso he venido hoy. A comprarlo –dijo sacando un monedero del bolso.

Holly no sabía qué decir para no parecer cruel o hiriente.

–Bueno…

–¿Me puede decir cuánto vale, por favor?

Holly movió negativamente la cabeza.

–Lamento decirle que no está en venta –se resolvió al fin.

Ursula frunció el ceño.

–Pero no comprendo. Está en el escaparate.

–Ya lo sé. ¿Pero no leyó el artículo entero? Acabo de inaugurar la tienda y voy a sortear ese vestido que fue premiado en un concurso. Así que, aunque no pueda comprarlo, con mucho gusto la invito a participar en el sorteo.

La mujer se mordió los labios.

–¿Y si no gano?

–Bueno, si su hermana tiene tanta ilusión en ese diseño, se lo podemos confeccionar. Aunque no podría usarlo hasta marzo.

–¿Marzo? –inquirió Ursula–. Pero Amber se casa en febrero. ¿Por qué razón?

–Porque el concurso lo patrocinó una revista de novias con la condición de que el vestido premiado no se vendiera hasta después de la edición de marzo, donde aparecerá un extenso artículo sobre el vestido con amplias fotografías. Quieren causar el máximo impacto, para promocionarse, ¿comprende?

–Una condición difícil de respetar –reflexionó Luke.

Holly frunció el ceño.

–Ya lo sé. Pero sería bastante poco elegante no atenerse a las reglas del juego, ¿verdad? Especialmente cuando el premio que me

otorgaron contribuyó a financiar este negocio.

Ursula se encogió de hombros, resignada.

–Bueno, entonces rezaré un par de oraciones para que la suerte me acompañe. Sería sensacional ganar el vestido aunque Amber no pueda llevarlo.

–¿Sabe usted a quién le vendió su madre el original? –preguntó Holly.

–No tengo la menor idea. Ella siempre guardó el secreto. Además donde yo vivo esas cosas no suelen comentarse.

–¿Y dónde vive?

–Vivo al sur de Londres. Así que esta noche me quedaré aquí. Hice una reserva en el The Bell y saldré pronto por la mañana. No me gusta conducir de noche por estos caminos rurales.

–Y no la culpo por eso –asintió Luke.

–Aquí tiene –dijo Holly tendiéndole una tarjeta para que la rellenara. Ursula escribió su nombre y dirección y luego la depositó en la caja de satén rojo.

Minutos más tarde se despedía de ellos con un apretón de manos.

–Ha sido un placer conocerlos. Y gracias por la ayuda. Aunque no gane el concurso, al menos fue interesante saber algo más sobre la historia del vestido.

–Se lo contaré a mi madre cuando la vea –prometió Holly–. Generalmente viene a Inglaterra en Navidad.

–Me gustaría poder contárselo a la mía –comentó la mujer con una triste sonrisa–. Pero falleció hace mucho tiempo. Adiós.

Una vez que se hubo marchado se produjo un pesado silencio.

Holly reunió todo su coraje para volverse hacia Luke.

–Bien, ¿eso es todo? No quiero que te quedes aquí, Luke.

–¿Todo? Ni siquiera he comenzado, gatita. La historia de Ursula fue una tregua conmovedora. Pero ahora quiero que te remitas a lo que estábamos haciendo antes de su llegada.

Las mejillas de Holly se sonrojaron violentamente. Eso era lo último que quería seguir haciendo.

–Luke, de veras creo que es mejor que te marches.

–Estoy seguro. Siempre tenemos que hacer lo que es mejor para Holly Lovelace. Y el resto del mundo que se venga abajo, ¿no es verdad?

–No sé de qué estás hablando –replicó intentando alejarse de él. Pero Luke la agarró del brazo.

–¿De veras que no lo sabes? –inquirió mirándola fijamente a los ojos. Holly quedó paralizada, incapaz de moverse.

–No –tartamudeó.

–Yo creo que sí, Holly. Sé honesta ahora.

–No lo sé. Déjame ir, Luke –protestó inútilmente.

–No –dijo despejándose un mechón dorado de la frente–. Quiero que te des cuenta de lo que significa que otro maneje una situación. Decidiste que me querías, ¿no? Me deseabas y no ibas a permitir que nadie, ni siquiera una novia, se interpusiera en tu camino. Probablemente esa fue la razón que te impulsó a decirle que habíamos dormido juntos.

–Luke, no…

–¿No, qué? ¿La verdad te incomoda? Y esa es la verdad, ¿cierto, Holly?

–En parte –admitió con la voz rota.

–Entiendo lo que quieres decir. Es parte de la verdad, porque desde luego que no hemos dormido juntos. Aún no.

–Eso no es lo que quería decir. Luke…

–Después de todo –la interrumpió sin piedad–, has conseguido lo que querías. Caroline se ha marchado.

–¿Caroline se ha ido?

–Por supuesto que sí. ¿O esperabas que se quedara con la esperanza de que hiciéramos un *ménage à trois*?

–¡No seas asqueroso! –explotó Holly.

–Y puedo serlo más aún, gatita. Eso te gustaría, ¿no es verdad? ¿No lo hacíais en la Escuela de Arte?

–¡No pienso seguir escuchándote! –gritó Holly empujándolo, pero él la agarró de un brazo atrayéndola hacia su cuerpo. Su boca se aproximó a la de ella y toda su ira, su frustración y su deseo explotaron en la urgencia del contacto físico que se unió al deseo que sentía la joven.

Ambos sabían que si se tocaban estarían perdidos. Pero al parecer Holly no podía hacer nada para evitarlo.

–Ahora apaga las luces –ordenó el hombre.

Y como una muñeca sin voluntad, Holly obedeció.

Capítulo 11

LA OSCURIDAD los envolvió en su terciopelo negro. Holly se quedó inmóvil junto al interruptor de la luz, consciente de que no era demasiado tarde para cambiar de opinión, pero al sentir el cálido aliento del Luke en el cuello supo que ya no podría resistirse.

Lentamente la volvió hacia él, aprisionándole el rostro entre sus cálidas manos. Ella retuvo la respiración, esperando sus palabras.

–Me debes esto, Holly, me lo debes –murmuró inexorable.

Holly sintió que se desgarraba, que todos sus sueños locos se desmoronaban como castillos de arena, pero se juró que él nunca sabría el dolor que le causaban sus palabras.

–¿Es el precio que debo pagar por la renta, o por la bella decoración de la tienda?

–Intentas echarme de la tienda con tus ironías, ¿no es así? Pues bien, no me iré. Tú decidiste jugar este juego, Holly –dijo riendo amargamente–. Hiciste que Caroline creyera que habíamos dormido juntos y ella se marchó. Bueno, no puedes hacer el papel de Dios en la vida de los demás, sin asumir tu responsabilidad. Es hora de que pagues tus deudas, Holly, y he venido a cobrarte.

Mientras hablaba comenzó a acariciarla recorriendo lentamente su silueta con manos expertas y Holly sintió que un escalofrío le recorría la piel, agudizando el hambre desesperada que sentía de él.

Toda su vida había esperado experimentar esa honda sensación como respuesta a la caricia de un hombre, pero ¿por qué ese hombre tenía que ser Luke Goodwin?

Después de leer libros, de contemplar tantas pinturas y esculturas sobre el tema, muchas veces se había preguntado si la supuesta pasión irreflexiva que acompaña al acto del amor no sería obra de la imaginación de los artistas.

Pero en ese momento, Luke le hacía descubrir la fuerza de su propio deseo. Sentía el fuego de la pasión recorriendo su sangre al contacto de sus manos y todo su cuerpo se consumía, ardiendo.

–Oh, Luke –suspiró al sentir la caricia en sus pechos.

–Ven aquí –le dijo suavemente, conduciéndola hacia la parte trasera de la tienda.

Ella no podía resistirse, su voluntad había sido anulada por completo.

–¿Adónde me llevas?

–Aquí.

La condujo a un probador donde había un inmenso rollo de tela apoyado contra una pared. Bajo la tenue luz notó que los ojos del hombre brillaban al empezar a desenrollarla hasta dejar el suelo cubierto con una alfombra de exquisita seda color marfil.

–Un lecho para mi bella –se burló.

El corazón de Holly le martilleaba en el pecho, y el deseo le secaba la boca de tal manera que apenas podía articular una palabra.

–¿No podríamos subir?

–Claro que sí. Pero no quiero. Quiero poseerte aquí, en este rincón anónimo donde nadie antes ha hecho el amor, ni nadie lo hará. Quiero contemplar los tonos suaves de tu piel de albaricoque contra el pálido brillo de la seda. Quiero acabar lo que debí haber hecho antes…

Empezó a desnudarla mientras ella se obligaba a desechar la crueldad de sus palabras, de una en particular.

Acabar.

Quería terminar lo que había empezado. Como si fuera una espina que había que extraer para siempre.

Ella experimentaría esa gloriosa iniciación al amor, que sería la última también. La razón le decía que estaba loca, que si se marchaba de allí él no podría forzarla. Pero sus sentidos arrollaron toda lógica. No podía, no quería rechazarlo. Había soñado, anhelado largamente ese momento. Y no estaba dispuesta a negarse a él.

La cara de Luke se ensombreció por la tensión al contemplar los pechos coronados de oscuros pezones que se le ofrecían a través de la tela.

–¡Oh, Dios! –murmuró.

Sin apenas haberla tocado, percibió la respiración de la joven leve y entrecortada, como la de un animal atrapado. Sus mejillas ardían mientras lo miraba como una víctima que se prestaba

voluntariamente a su sacrificio.

Luke frunció el ceño. No era así como se había imaginado la escena. Quería sentir su pasión, no su temor. Quería que luchara con él, no que lo aceptara pasivamente. Tenía que ser una gloriosa batalla antes de convertirse en victoria.

–Termina tú de desnudarte, pero hazlo lentamente –le dijo un tanto inseguro.

«Así que eso es lo que desea», pensó Holly con un hondo suspiro. Eso era lo que lo encendía. Si quería verla como una vampiresa, pues bien, ella se prestaría.

Alzando la barbilla orgullosamente, mientras la cascada de cabellos ensortijados le caía por la espalda, comenzó a quitarse la ropa lentamente, mirándolo desafiante.

Pero al volver a contemplar los pechos ya liberados, la detuvo y escondió la cara en ellos, besándolos suavemente, mientras la sostenía por la cintura.

–Oh, Luke –jadeó Holly aferrada a los cabellos del hombre, mientras se balanceaba, saturada de deseo.

Luego él se arrodilló ante ella y comenzó a desabotonarle la falda con mucha pericia, fruto de largos años de práctica.

Luego al verla solo con la camisa transparente, unas minúsculas braguitas blancas y alta botas de cuero negro, no pudo evitar una exclamación:

–¡Esta visión resume todas las fantasías que he imaginado en mi vida!

–Aún hay más –prometió Holly, haciendo de vampiresa provocativa.

–Túmbate, túmbate tal como estás –urgió Luke.

Ella sabía como hacerlo. Se tumbó de espaldas en el lecho satinado, con las manos detrás de la cabeza, las piernas dobladas y lo miró directamente a los ojos.

El corazón de Holly galopaba atemorizado en su pecho mientras lo miraba desprenderse de la chaqueta y desabotonar la camisa con mano insegura.

–¿Qué más quieres que haga? –murmuró temerosa, intentando postergar el momento en que tendría que verlo en plena desnudez.

–¿Así que te aburre ir derecho al grano, eh? Bien, ahora quiero que juegues con tus pechos, nena. Como si fueran mis manos.

Holly recordó una película pornográfica que había visto una vez. Y evitando mirarlo a la cara, empezó a imitar a la mujer del film.

A través de los ojos casi cubiertos por las tupidas pestañas, podía observar a Luke que, sin dejar de mirarla, se despojaba rápidamente de la ropa, tirándola al suelo descuidadamente, hasta que al fin quedó desnudo.

Holly cerró los ojos, impactada. Porque nunca, salvo en los libros y en alguna película, había vivido esa experiencia.

–¿Qué sucede, Holly? –murmuró Luke–. ¿Le tienes miedo a un hombre desnudo y excitado? Vamos, que ya estás preparada para recibirme –dijo acariciándola en el centro de las húmedas braguitas–. Verás que todo será bueno. Ambos lo sabemos, porque tú me deseas desesperadamente, Holly.

Lo que ella quería es que Luke la besara.

Quizá el hombre oyó su pensamiento. Sin embargo, su beso no fue tierno ni dulce, no iba dirigido a su emoción sino a sus sentidos. Y la besó salvajemente hasta dejarla extenuada entre sus brazos.

Luego, despejándole suavemente un mechón que le ocultaba los ojos, le preguntó:

–¿Tomas la píldora?

Ella movió negativamente la cabeza, sonrojándose ante la pregunta tan prosaica, carente de la ternura que anhelaba oír.

Luke de inmediato se puso un preservativo y la cubrió con su cuerpo.

Temblorosa, Holly abrazó al hombre por la cintura.

La miró intensamente, pensando que esa mujer que se encontraba en sus brazos había sido una especie de fiebre en su sangre desde el primer momento en que la vio junto a la tienda, y se preguntaba si al saciar su deseo de ella podría curarse de la obsesión que lo consumía.

Y comenzó a besarle los pechos y acariciarla entre los muslos, hasta que Holly sin poder contenerse alzó las caderas, pidiendo más.

–¡Oh, Luke, por favor!

Por fin. Ahí es donde quería verla, desnuda, retorciéndose bajo su cuerpo, implorándole que la satisficiera.

–¡Por favor, Luke!

La línea de su boca se endureció al oír la suave queja y sentir su

impaciencia.

–Aquí la tenemos, insaciable, artista, temperamental, buscando la satisfacción de su propio placer. ¡Egoísta! Solo soy un cuerpo para ti. Una máquina para tu placer, ¿verdad? –susurró mirando cómo se debatía el hermoso cuerpo contra la exquisita tela, visión que lo hizo enardecerse hasta el límite, mientras continuaba acariciándola entre las piernas.

–¿Qué dices? –alcanzó a decir Holly presa de los espasmos que venían uno tras otro, mientras se aferraba al cuello del hombre, gimiendo de placer–. ¿Qué ha pasado, Luke?

–No me vengas con esas ahora, Holly. ¿No sabes lo que es un orgasmo? A mí no me engañas; y si lo haces para adularme, evítalo. ¿Así lo haces siempre con tus amantes?

–Luke –murmuró entre jadeos y sollozos.

–Y ahora quiero gozar de tu cuerpo. Quiero dejar una huella imborrable en él –murmuró penetrándola.

Holly sintió un agudo dolor que al instante se transformó en placer al relajar los músculos y acomodarse al ritmo de Luke.

Pero al sentirla demasiado estrecha, el hombre se movió con más lentitud al tiempo que la besaba, sin poder evitarlo.

–Voy a hacer que vuelvas a sentir placer, ¿quieres?

Ella asintió en silencio, aferrándolo del cuello y acercando el rostro de Luke hasta su boca. Por primera vez fue un beso dulce, tal vez por la comunión de sus cuerpos enlazados en un ritmo cada vez mayor. Luke nunca había sentido tanto placer, y continuó hasta sentir que ella llegaba al clímax y solo entonces se dejó ir, respirando entrecortadamente y aferrándose a ella.

–Ámame, Holly. Ámame –susurró antes de sentir que su universo se disolvía.

Cuando retornó la consciencia, también retornaron las sensaciones. Holly notó la tela arrugada bajo su cuerpo y la humedad entre las piernas.

Luke también la notó y levantó la cabeza.

–Quizá el preservativo no ha funcionado.

Molesto consigo mismo por no haberse preocupado, le besó el hombro desnudo mientras deslizaba la mano entre las piernas, y al retirarla sintió los dedos extrañamente pegajosos.

De un salto encendió la luz. Acto seguido se quedó mirando

fijamente la mancha roja que se extendía en la seda marfil, horrorizado al comprender lo que aquello significaba.

–Sangre –murmuró respirando trabajosamente–, sangre.

Se volvió hacia ella con la incredulidad escrita en los ojos y un rapto de orgullo que no pudo ocultar. Un primitivo orgullo ancestral.

–Holly, niña mía, tú eras…

Pero la ternura llegaba demasiado tarde.

–Sí, era virgen –espetó Holly–. ¿Muy sorprendido?

–¿Sorprendido? Estoy absolutamente estupefacto –admitió aturdido, pero de inmediato se dio cuenta por la mirada de Holly que había dicho algo muy inapropiado–. Holly, ven aquí…

–¡Aléjate de mí! –gritó furiosa al tiempo que lo empujaba a un lado y se ponía de pie. Él intentó atraparla por el tobillo, pero ella se desprendió violentamente y a toda prisa se puso la camisa. Acto seguido enjugó con las braguitas el hilo rojo que corría por sus piernas–. ¡Y no vengas ahora con ternuras!

–¡Escúchame, corazón!

–¡No volveré a escuchar ninguna palabra más de ti, Luke Goodwin! ¡Y puedes largarte con tu hipocresía presumida y anticuada a otra parte! ¿Por qué no enseñas por la ventana la prueba de mi virginidad, como se hacía en los viejos tiempos? ¡Cómo te atreves a elevarme repentinamente de la categoría de egoísta a la de virgen inmaculada solo porque mi himen estaba intacto? –explotó Holly, y al notar la expresión conmocionada de Luke tomó aire con la intención de continuar desahogándose–. ¡Ambos hemos conseguido lo que queríamos, así que ahora vete! Siento haberle mentido a tu novia respecto a haber dormido contigo, pero si quieres saber la verdad, al conocerla pensé que no era lo suficientemente buena para ti. Sin embargo, ahora creo que estáis hechos el uno para el otro. Puede que no sea demasiado tarde, Luke, ¿así que por qué no te arrastras hasta África y la buscas?

–No voy a ir a ninguna parte hasta que no hablemos con sensatez. Ya te lo dije. Todo ha terminado entre Caroline y yo.

Pero las palabras de Luke ya no la alegraban.

–Y yo te digo que no me importa en absoluto, ya no me interesa. Y nada me hará cambiar de opinión.

El hombre podría haber parecido ridículo, totalmente desnudo sentado sobre la seda ondulada, pero la verdad es que se veía divino.

–Holly –dijo en tono muy suave–. Es una locura no conversar sobre esto.

El corazón de Holly se había cerrado.

–Es demasiado tarde, Luke. Ya no queda nada más por decir. He pagado mis deudas –dijo recalcando las palabras y percibiendo el efecto amedrentador que tenían sobre Luke–. ¡Así que vete! ¡Quiero que salgas de mi tienda y de mi vida! ¡Y no vuelvas más! ¡Lo digo con toda seriedad, Luke!

Lo último no había sido necesario, porque Luke podía comprobarlo fehacientemente. También pudo comprobar que nada de lo que dijera en ese momento ayudaría a mitigar la penosa situación.

Poniéndose en pie empezó a recoger su ropa, mientras Holly lo observaba temblando.

Todo lo que había dicho era auténtico, pero eso no le impedía contener las amargas lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos mientras él se preparaba para abandonarla.

Capítulo 12

EL INMENSO árbol de Navidad parpadeaba alegremente en el suntuoso comedor del hotel Grantchester. Holly dejó a un lado el plato de langosta casi sin tocar.

–No me apetece otra copa, gracias, mamá –dijo intentando sonreír a su madre al tiempo que rechazaba el ofrecimiento.

–Te ayudaría a mejorar el ánimo –insinuó la madre cautelosamente. Nunca había visto a su dócil hija tan malhumorada.

–Si bebo otra copa me dolerá la cabeza y además tengo que conducir hasta Woodhampton.

–No te marcharás hoy, ¿verdad? Es Noche Vieja –protestó, aunque no demasiado convencida.

Holly lo había notado, ¿pero quién podría culparla?

Desde que llegó a Londres a pasar las navidades con ella y su cuarto marido, en uno de los hoteles más lujosos de Londres, se había sentido como un animal enjaulado, aunque haciendo lo imposible por disimular su estado de ánimo.

–¿Vas a asistir a alguna fiesta, cariño?

–No, pero prometí que el vestido se sortearía con las campanadas de medianoche.

–¿Pero crees que habrá alguien para verlo? Nadie se enterará si lo haces mañana por la mañana. Y así podrías acompañarnos al baile que se celebra aquí en el hotel.

–Ya lo sé, pero además no quiero estropearte la fiesta, mamá.

La mujer volvió a llenarse el vaso mientras miraba a su hija con expresión culpable.

–No he sido una buena madre para ti…

–Hiciste todo lo mejor que pudiste, mamá. Y más no se puede hacer –observó con tristeza–. Sucede que cometí el error de enamorarme de la peor rata del mundo.

–¿Ese es Luke, verdad? Del que no me has dicho nada sino el nombre. Es un tanto irritante, querida, que nunca hayas mostrado interés por ningún hombre en tu vida, y cuando lo haces, te niegas

a confiarte a tu madre.

–Es que no hay nada que contar, mamá. Probablemente ha vuelto a África. En todo caso, ya es una historia pasada.

La madre se encogió de hombros muy elocuentemente.

–Hombres –comentó sombríamente–. Son todos iguales. Pero pueden proporcionarte una vida cómoda, más aún cuando se empieza a envejecer –agregó con un suspiro.

–Bueno, mamá, es hora de partir –dijo Holly, mirando el reloj para evitar tocar el tema.

Levantándose de la mesa y tras abrazar a su madre, se marchó apresuradamente.

Media hora más tarde conducía hacia Woodhampton en su Escarabajo. La habían llamado del garaje que Luke había recomendado para renovarle la oferta, que había subido considerablemente. «Estos Escarabajos se están volviendo de oro», había comentado el vendedor. Pero, a pesar de que necesitaba el dinero, Holly no tenía corazón para desprenderse de su querido coche.

El trayecto de regreso fue penoso. No podía apartar sus pensamientos de Luke. A pesar de la brutalidad de su comportamiento, la verdad incuestionable era que cuanto más pasaban los días más lo añoraba y más tentada se sentía a justificar su conducta.

De acuerdo, no le había hablado de Caroline, pero se había comportado de un modo ejemplar esas dos semanas que vivieron juntos. No le había puesto un dedo encima, lo que demostraba su fuerza de voluntad, porque hablando con sinceridad, ella le había dado luz verde constantemente. Y el día de la inauguración, ¿cuál había sido su pecado? Simplemente le había acariciado un tobillo, se habían besado, y luego literalmente había huido.

La calle Mayor de Woodhampton estaba desierta, pero se oía una música atronadora que venía desde la hostería Bell Inn. Holly recordó que allí se celebraría una fiesta de fin de año.

Estacionó frente a la tienda. Al salir del coche no pudo evitar echar una mirada hacia Apson House, con la esperanza aleteando en su corazón. Pero la casa estaba totalmente oscura.

Así que obviamente Luke no tenía intención de volver. Seguramente había extrañado la tierra africana y tal vez se las había

ingeniado para convencer a Caroline.

Mientras buscaba las llaves, automáticamente miró al escaparate, hacia el vestido iluminado, y luego volvió a concentrarse en el bolso.

Y de pronto se quedó paralizada.

Volvió a mirar el escaparate, pero esta vez con mucha atención. Todo estaba como lo había dejado, y sin embargo…

El vestido, al parecer era el suyo y, sin embargo, no lo era.

Con manos temblorosas abrió la puerta y penetró en el interior de la tienda, débilmente iluminada por la luz del escaparate.

Holly se acercó como una sonámbula hasta tocar el traje y la diferencia se le hizo evidente. La tela del vestido de su madre era mucho más fina que la del suyo.

–¿Te gusta? –oyó una grave voz que salía de la penumbra.

Debió haberse asustado, pero no fue así. Había llegado a amar esa voz que reconoció de inmediato. Ni siquiera se volvió, porque adivinaba que él cruzaría la estancia hasta quedar junto a ella. Y así fue.

–¿Dónde lo encontraste? –preguntó apagadamente.

–Es una larga historia.

Se volvió hacia él, sin poder evitar la oleada de emoción que la invadía por completo.

Sus miradas se encontraron.

–No hace falta preguntar cómo has entrado.

Él se encogió de hombros.

–El dueño de la propiedad siempre tiene una llave. ¿Te sorprende verme aquí?

–No estoy segura –dijo tras considerarlo un instante.

Luke pensó que la voz de Holly sonaba como la de un profesor al finalizar su clase. No denotaba ninguna emoción, solo cansancio.

–¿Quieres que te cuente lo del vestido?

Pero Holly no tenía intención de suavizar las cosas, porque no lo había perdonado.

–Preferiría saber la verdad acerca de tus relaciones con Caroline –contestó secamente.

Él asintió.

–Pensé que me dirías algo parecido. ¿Quieres que nos instalemos en un lugar más cómodo mientras te lo cuento?

–¿Dónde te gustaría? ¿En el probador? –inquirió en un tono muy desagradable.

Luke resistió la tentación de decir que le encantaría.

–Subamos a tu piso.

–Pensé que no te gustaba –dijo Holly.

–Tu piso me gusta mucho, Holly. Pero si prefieres otro lugar, dímelo. ¿Tal vez un sitio tranquilo como el Bell Inn a esta hora?

Holly estuvo a punto de echarse a reír, pero se contuvo.

–Vamos, sube –dijo secamente y empezó a subir las escaleras con desgana.

Había una agradable temperatura en el ambiente. Holly se sentó en el sofá.

–¿Tú encendiste la calefacción?

–Sí, porque sabía que volverías esta noche.

–¿Y cómo lo sabías?

–Porque esta noche vas a sortear el vestido.

Holly asintió, complacida de que se hubiera acordado.

–¿Puedo sentarme a tu lado en el sofá?

–¿A qué viene tanta cortesía? Puedes sentarte en el otro extremo siempre y cuando no te muevas de ahí.

Luke se instaló, estirando las largas piernas antes de mirarla.

–Adivino que quieres que te explique la razón de mi conducta.

–¡Tienes toda la maldita razón!

–¿Y luego tal vez querrás explicarme por qué me entregaste tu virginidad en circunstancias tan ignominiosas para ambos?

–Porque repitiendo tus propias palabras, te lo debía –se burló con amargura.

–Sabes que nunca habría dicho algo semejante si hubiera sabido…

–¿Que no era la mujer que pensabas?

Luke suspiró.

–Cariño, eres una mujer enigmática. Hay algo en ti… tus ojos, tus labios, una manera de mirar que…

–¿Qué intentas decir exactamente, Luke?

–Que tienes todo el aspecto de una mujer experimentada. Nunca se me ocurrió pensar que no tenías ninguna experiencia sexual.

–¿Porque tengo veintiséis años?

Luke negó con la cabeza.

–No se trata de tu edad. Recuerdo la mirada que me lanzaste la primera vez que nos vimos, como si hubieras querido arrastrarme de inmediato a la cama. Te confieso que esa fue la impresión que tuve.

–Al parecer reconoces muy bien esa mirada –comentó sarcástica.

–No niego que muchas mujeres se acercaron a mí de ese modo.

–Y tú nunca las defraudaste, ¿verdad?

–La verdad es que no siempre fue así.

–¿Y qué me dices de la novia que olvidaste mencionarme, Luke? No creo que lo que me cuentes sobre Caroline pueda justificar tu conducta.

–A menos déjame intentarlo.

–Si así lo quieres –dijo Holly.

–Conozco a Caroline desde hace mucho tiempo. Era profesora de una escuela cercana a mi hacienda y solíamos encontrarnos en los eventos sociales.

–¡Qué encantador! ¿Fue amor a primera vista?

–No, ella no aprobaba mi estilo de vida y yo la consideraba solo como una amiga.

–¿Y qué la hizo cambiar de parecer? Tal vez tu talento en la cama, o mejor dicho en improvisados lechos de pura seda?

Luke rogaba no haber destruido totalmente la fe que Holly había depositado en él.

–Realmente nunca dormí con ella. Nunca –dijo con un hondo suspiro.

–Y conmigo tampoco –señaló Holly enfáticamente.

No era la reacción que él esperaba. La actitud de Holly hasta ese momento no se inclinaba al perdón.

–Bueno, lo diré de otra manera. Nunca tuve relaciones sexuales con Caroline. Nunca.

Evitaron mirarse de frente, porque la atmósfera estaba cargada de recuerdos eróticos que ambos tenían muy presente.

–No estoy segura de creerte.

–Sí, sabía que ibas a decir eso. Pero es la pura verdad. Ella pensaba que yo la respetaría más así; quería que primero formalizáramos nuestra relación. Así es como piensan algunas mujeres.

–Cielo santo, ¿y eso no te dice nada acerca de ella?

–Holly, déjame explicártelo. Una vez te dije que había llevado una vida llena de vicisitudes. Que durante mucho tiempo anduve vagando hasta que empecé a trabajar en la reserva de caza. Eso me permitió llevar la vida que deseaba, es decir, la de un nómada pagado. A principios de este año me pregunté qué había hecho desde que salí de Inglaterra. Me pregunté además si a los sesenta años me gustaría seguir en lo mismo, y la respuesta fue una rotunda negativa.

–¿Y entonces heredaste de tu tío?

–Así fue. Y cambió mi relación con Caroline. Ya sé lo que estás pensando y estoy de acuerdo contigo. Caroline nunca se habría casado conmigo si yo no hubiera heredado. Yo sabía eso.

–¿Sabías eso? ¿Que era una cazafortunas?

Luke sonrió ante tan anticuado término.

–Las cosas no son tan sencillas, Holly. Caroline no estaba interesada en casarse con el administrador de una reserva que dormía bajo las estrellas. Quería y ofrecía estabilidad. Y yo decidí que también la necesitaba. La herencia me ha proporcionado la estabilidad que faltaba en mi vida. Hablamos de matrimonio en términos generales, de una manera abstracta. No le hice una proposición directamente, ni tampoco le compré un anillo de compromiso. Pero coincidimos en que el matrimonio es para crear una familia y yo no deseaba quedarme sin hijos. Tampoco ella. En nuestra relación no había pasión, pero nos llevábamos muy bien. Eso me convenció de que las cosas podían funcionar adecuadamente entre nosotros. Cuando tuve que venir para hacerme cargo de los asuntos de mi tío, decidimos que esa separación nos sería útil para reflexionar sobre lo que realmente deseábamos.

–Y con toda seguridad Caroline decidió que deseaba casarse contigo, ¿no es así?

–Así fue. Sin embargo, yo empecé a sentirme intranquilo porque encontré que todo aquello era demasiado cerebral, le faltaba vida. Y luego al conocerte, todo mi equilibrio se derrumbó. Combatí el sentimiento que me invadía con todas mis fuerzas porque pensaba que era un simple apasionamiento, que pronto se extinguiría –dijo suspirando.

–Pero, ¿por qué combatirlo, Luke?

–Porque cuando era adolescente nunca tuve modelos de mujer

para comparar, Holly –declaró con vehemencia. Y esas palabras le arrancaron repentinamente a Holly un velo de los ojos–. Mi madre fue mi único modelo, pero no tuve tiempo de conocerla en su realidad de mujer, porque la dependencia afectiva distorsiona la percepción de un niño. Después de su muerte la conocí a través de los ojos de mi padre, que la percibía como una hermosa mujer llena de debilidades. Ella lo engañó una y otra vez y él nunca dejó de amarla. Y entonces yo prometí que ese nunca sería mi destino. Tú tenías su misma belleza embrujadora, y eso me aterrorizó. Pero también me di cuenta de que no podría casarme con Caroline. No con ese sentimiento hacia ti bullendo en mi interior. Así que volví a África para decírselo. Se había venido aquí y estaba buscando afanosamente un vestido de novia para sorprenderme. Y luego pasó lo que ya sabes. Quiero decir que entonces pude adjudicarte el papel de la bruja mala, para mantener vivos mis prejuicios. Significaba que podía poseerte y así liberarme de mi obsesión por ti.

–¿Pero no funcionó como lo planeaste, ¿no?

–No, no contigo. Tú ya habías cautivado mi corazón. Cuando descubrí que eras absolutamente inocente, creí morir.

–Pero te gustó lo que hiciste.

–Desde luego que sí. Pero no se trata de que me haya gustado o no. Se trata de que me sentí muy mal por mi actitud hacia ti. Habría sido muy tierno contigo si lo hubiera sabido. Holly, ¿por qué fui yo el primero? ¿Tuviste alguna experiencia desgraciada, cariño?

Ella negó con la cabeza.

–No, de ninguna manera. No hubo nadie antes que tú. Nunca me había enamorado, y el sexo sin amor no me atraía. Verás, de alguna manera somos víctimas de las circunstancias. Desde mi infancia he visto a mi madre utilizar a los hombres, sexo por dinero, ¿me entiendes? Tal vez todo eso influyó en mi actitud distante hacia el amor. Hasta que te conocí.

–Cuéntame –instó Luke ansioso.

–Simplemente que nunca había sentido por nadie el amor que tú me inspiraste –declaró con sencillez.

–¿Que te inspiré?

Ella sonrió.

–Que me inspiras. Tiempo verbal del presente. Y también del futuro.

–Por favor, acércate a mí ahora mismo, porque creo que me voy a morir si no te beso –murmuró tomándola de la mano y atrayéndola hacia sí.

–Luke, amor mío –suspiró Holly, cobijándose en sus brazos.

Los rasgos del hombre se suavizaron.

–Ahora mírame y escucha, Holly Lovelace. Yo te amo –afirmó con toda sencillez–. Me equivoqué al pensar que este sentimiento se extinguiría fingiendo que no existía.

–¿Y Caroline?

–Está furiosa, pero no con el corazón desgarrado.

–No lo creas, yo lo estaría.

–No estaba enamorada de mí, Holly –dijo suavemente–. Lo nuestro fue un acuerdo tomado con la cabeza, no con el corazón. Y no lo digo para justificarme, ni para que tú y yo nos sintamos mejor. Es cierto. Caroline busca la seguridad antes que nada. La verdad es que nunca le pertenecí –aseguró mirándola al fondo de los ojos.

En su mirada Holly pudo leer muchas cosas. Amor. Arrepentimiento. Esperanza. Confianza.

–Oh, Luke –murmuró dibujando el contorno de los labios del hombre con los dedos.

–¿No te importaría si le compro una casa?

–Desde luego que no, pero ¿crees que la aceptará?

–Lo peor que puede pasar es que la rechace.

Se besaron dulcemente.

–¿Cómo encontraste el vestido de mi madre? –preguntó Holly al cabo de un momento.

–No fue fácil, pero estaba decidido a hacerlo como un ofrecimiento de paz, supongo. Me sentía muy mal, muy culpable. Después de que me echaras de aquí, fui a cambiarme a casa, y empecé a pensar en Ursula.

Holly parpadeó. Verdaderamente Luke era un hombre sorprendente.

–No me digas.

–Pensé que tal vez ella sería capaz de recordar algo más acerca de aquel vestido. Sabía que esa noche se hospedaría en el Bell, así que fui a visitarla. De ese modo averigüé en qué periódico local su madre había puesto el anuncio de venta. Afortunadamente el

periódico todavía existía. Así que al día siguiente viajé a Londres para ver al editor. Había que saber si la persona que había adquirido el vestido todavía leía el mismo periódico. El editor accedió a poner un anuncio para ver qué sucedía.

–¿Y qué sucedió? –preguntó Holly, fascinada.

–La dueña del vestido se comunicó conmigo y me contó toda la historia. Lo había comprado para una boda que finalmente nunca se realizó. El hombre que amaba estaba casado y ella no lo sabía. La abandonó al enterarse de que estaba embarazada.

–¡Oh, no! –exclamó Holly mordiéndose el labio.

–Llegó a odiar el vestido, pero nunca quiso desprenderse de él por lo hermoso que era. Más tarde decidió venderlo, pero nadie le ofreció lo que realmente valía. Decidí adquirirlo por el valor que tendría hoy en día.

–Pero eso es una fortuna –comentó Holly con un suave silbido.

–Una pequeña compensación por el daño sufrido.

–¿Y lo aceptó?

–Me lo vendió encantada, aunque con la condición de que no se hiciera publicidad sobre ello. Y naturalmente que eso puedo entenderlo. Así que te devuelvo tu vestido, Holly.

–¿Pero, cuánto pagaste?

–No hablemos de dinero. Es un presente para ti. Para que hagas lo que quieras con él.

Holly se miró las manos y luego alzó la vista, con los verdes ojos muy brillantes.

–Creo que me gustaría lucirlo para ti en la iglesia –dijo suavemente.

–Eso esperaba que me dijeras –sonrió Luke.

–Holly, ¿quieres darte prisa, por favor? Todo el mundo ha llegado. Luke y el vicario ya están en la iglesia. Si no te das prisa tus compañeras de la Escuela de Arte van a raptar a Luke.

–No me extrañaría.

–Holly –exclamó Michelle sinceramente, cuando Holly apareció–. Estás preciosa. Verdaderamente maravillosa.

–¿De veras? –preguntó Holly mirándose en el espejo. Le parecía extraño prepararse en la tienda para su propia boda. Era la primera

novia que llevaba el vestido confeccionado por su madre, y le sentaba a la perfección–. ¿No se ve anticuado, ¿no?

–En absoluto. Eres la novia más hermosa que he visto en mi vida.

Ambas observaron en silencio el efecto que causaba el satén color marfil y el delicado pliegue de la cintura. En el cabello lucía un tocado de pequeñas rosas de cobre con brillantes hojas verdes iguales a las del ramillete.

Luke las había elegido, en contra de la opinión de Michelle.

–Como estamos en Semana Santa yo habría elegido lilas o pensamientos. Pero él se empeñó, diciendo que las rosas hacían juego con tus cabellos y las hojas con tus ojos.

–Tu elección era muy tradicional y bien sabes que Luke no lo es.

–Luke es maravilloso y tú eres una mujer muy afortunada. ¿Estás bien, Holly? –preguntó atentamente.

–¿Por qué lo dices?

Michelle frunció el ceño.

–Porque durante toda la semana te he notado distraída. Hay algo diferente en ti, no sabría definirlo, como una plenitud. Además me he fijado que el vestido te queda un poco ceñido –murmuró mirando la cintura de Holly–. ¡Tú estás embarazada! – exclamó de pronto.

–Claro que sí –Holly se echó a reír al ver la expresión de Michelle.

–¿Y qué pasará con la tienda?

Holly se encogió de hombros con una sonrisa soñadora.

–La tienda ya no es el objetivo de mi vida. Fue un medio para diseñar y hacer mis propios vestidos. Afortunadamente mi oficio es compatible con la maternidad. Luke piensa que puedo contratar a alguien para que se haga cargo de la tienda. Tal vez hacer una cooperativa para ayudar a jóvenes diseñadores con talento, que no tienen la buena suerte de ganar concursos.

–Tienes mucha suerte, Holly Lovelace.

–¿Por qué lo dices?

–En primer lugar por haber encontrado a Luke y que él te haya encontrado a ti. Me devuelve la fe en los hombres cuando lo veo mirarte del modo que lo hace creyendo que nadie lo está vigilando. En segundo lugar porque llevas a su hijo en las entrañas. En tercer

lugar porque tienes tu vida material más que asegurada.

–Debo advertirte que Luke no es realmente un millonario. Aunque yo me habría casado con él aunque hubiera sido aquel hombre que en el pasado dormía bajo las estrellas –declaró Holly sinceramente.

–Ya lo sé –dijo Michelle con los ojos brillantes–. Bueno, acabemos con esto porque voy a estropear mi maquillaje. Y ahora vámonos, Holly.

El organista se desenvolvía muy bien con unas piezas de música africana que Luke había pedido que se la enviaran.

Mientras tanto, la madre de Holly agradecía los elogios del vestido que había diseñado hacía tantos años ya.

Estaba sentada junto a Ursula O'Neil que se había sentido sorprendida y encantada al recibir junto con su hermana Amber una tarjeta de invitación. Holly lo hizo porque si no hubiera sido por Ursula, nunca habría recuperado el vestido. Amber había declinado la invitación porque a última hora se había arrepentido de casarse y no quería entrar en una iglesia por el momento.

También habían invitado a Caroline, pero como era de esperar rechazó la invitación, explicando que estaba demasiado ocupada decorando su nueva casa.

Al pie del altar, Luke junto a Will, su padrino y mejor amigo, contemplaba las vidrieras de la iglesia. Se sentía el hombre más feliz de la tierra. No sabía qué le depararía el futuro. No sabía si su hijo nacería allí o en África. Pero Holly era tan flexible como él, y nada parecía importarles desde que se habían encontrado.

La música africana dio paso a la marcha nupcial. Luke y todos los presentes se pusieron de pie.

Se volvió a mirar a la novia que avanzaba lentamente envuelta en la pura y clara luz de los ventanales, que tornaba el claro satén de su vestido en un calidoscopio de suaves matices. ¡Oh, Dios, cómo la amaba!

Holly captó su mirada y le sonrió, radiante de felicidad.

El corazón de Luke latió más fuerte y supo que todo sería perfecto.

Al fin había llegado a casa.